



**NATALIA OLMEDO**

# **7 THINGS**

NATALIA OLMEDO

# 7 THINGS

Título: 7 Things

© 2019, Natalia Olmedo.

De la edición y maquetación: 2019, Roma García y Natalia Olmedo.

De la composición de la cubierta: 2019, Roma García.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

*A mi Ari particular,  
por estar en el proceso  
y en el resultado.*

## PRÓLOGO

¿Te imaginas vivir tu vida en canciones?

Escucharlas y destripar la letra, analizarla para quedarte con las frases que más te gustan o almacenarlas como la banda sonora de tus recuerdos favoritos en tu cabeza para los restos.

Elas no se adaptan a ti, son simples canciones que no se pueden modificar, así que eres tú quien se adapta a ellas.

Y las atrapas para introducirlas en tu vida, en cada momento único del cual seas protagonista.

Se convierten en tu realidad o, más bien, es una forma de contemplar tu vida.

Y, ahora... ¿Te imaginas revelarte contra todo tu mundo por amor propio?

Es como plantarte frente a tu casa con una granada en cada mano, decidida a lanzarlas para derribar cada cimiento entre explosiones y humo.

Romperlo todo y romperte de paso a ti, para reconstruir un nuevo entorno y volver a formar tu persona.

Así utiliza las canciones la protagonista de esta historia, bien como complemento de su vida, bien como una vía de escape para poder soportar la presión.

Así rompió cada cimiento, cada pared, cada pensamiento y cada premisa de su alrededor.

## 1.

### *Te lo tenía que decir: estás dura.* *Daddy Yankee-Dura*

—¿No nos robarán el bolso, verdad? —le preguntó Tefi a Ari en la puerta de la discoteca.

Estaba nerviosa, Tefi siempre se ponía nerviosa en ese tipo de situaciones.

En aquel bolso llevaban la ropa que se habían puesto al salir de casa, la cual habían intercambiado por la que llevaban en ese momento en el portal del edificio donde vivían, en el cuarto de los cubos de basura, donde se había quedado el famoso bolso, esperando a que volvieran.

La discoteca Penélope, en Benidorm, Alicante, era la predilecta de ambas. Y lo tenían todo planeado, como cada vez que salían.

Ambas venían de una familia pudiente, bastante adinerada, en la que las salidas a discotecas de “mala muerte”, como las llamaban los padres de las dos amigas, no eran santo de devoción de estos.

Veían mejor más bien los actos sociales, los cócteles a los que otras familias de la misma índole que tenían negocios en común asistían con sus hijos, casi todos pertenecientes al mismo instituto privado en el que estudiaban ellas.

Ari odiaba ese tipo de eventos. Reinaba en ellos la hipocresía y las apariencias y siempre intentaba evitarlos, pero sus padres nunca sucumbían a tales peticiones.

Tefi, sin embargo, tragaba más con aquello. Tefi era la sensata de las dos, la que tenía esos dos dedos de frente para evitar todo aquello que las pudiera comprometer o darles una mala imagen.

Pero le gustaba ir a la Penélope con su mejor amiga.

Allí no había hipocresía, ni falsedad, ni tampoco etiquetas. Y, lo más importante, allí no había padres que se encargasen de que cumpliera el protocolo y los buenos modos a la perfección.

Y, aunque Ari a veces tenía que convencerla para contar una mentirijilla a

sus padres para poder ir a aquella discoteca, Tefi siempre acababa sucumbiendo, porque sabía que se lo pasaría bien.

Y siempre seguían el mismo patrón, siempre el mismo plan establecido.

Quedaban para estudiar en casa de alguna compañera de clase o iban a la biblioteca.

Incluso alguna vez ambas habían puesto la misma excusa de ir a dormir a casa de la otra para poder ir a bailar sobre las tarimas de la Penélope.

Y allí estaban, en la puerta de la discoteca, ambas vestidas de punta en blanco con vestidos ajustados y zapatos de tacón que guardaron en aquel bolso para cambiarse.

La cola para entrar avanzaba bastante rápido y por fin tuvieron delante al portero que custodiaba la entrada a la discoteca.

Les pidió a ambas el DNI y las instó a pasar.

Se adentraron en la discoteca y el calor las embriagó.

La música retumbaba en los altavoces y las luces de neón les iluminaron la cara.

Se acercaron a una de las barras y vieron a Sara, quien estaba preparando un cóctel para unos clientes.

—¡Hola, guapas!—las saludó mientras agitaba la coctelera.

Sara, que ya las conocía y tenía cinco años más que ellas, unos veintitrés, en terminar de servir el cóctel, les puso las bebidas que le pidieron: un ron con cola para Tefi y Malibú con piña para Ari.

Se adentraron en la pista con los vasos en la mano y comenzaron a bailar.

Entonces sonó. Se trataba de una de las canciones preferidas de Ari: *Dura* de Daddy Yankee.

*Estás dura, mira como brilla tu piel.*

*Estás dura, yo te doy un veinte de diez.*

*Estás dura, dura, dura.*

No había nada mejor que bailar en tu discoteca favorita con tu mejor amiga y aquel pensamiento era el que siempre les venía a la cabeza cuando lo daban todo en la pista de baile de la Penélope.

Se sentían bien, guapas, libres.

Sin nadie que les dijese que bajo ningún concepto podían salirse del protocolo, sin patrones establecidos.

Se reían, se tambaleaban y hasta el pelo se les despeinaba.

—¿Pedimos otra? —le preguntó Tefi a Ari cuando ya llevaban dos copas.

—¡Claro, vamos!

Y, entre risas, se abrieron paso entre la gente para llegar hasta la barra donde se encontraba Sara.

Ari se miró un momento el zapato, pues le parecía que el tacón le resbalaba y, de repente, chocó con algo duro.

—Vaya... lo siento, lo siento mucho, iba mirando mi tacón y...

Levantó la cabeza y se encontró con sus ojos. Eran grandes, verdes, intensos.

—No pasa nada, guapa —le dijo al tiempo que sonreía y la cogía de la cintura. —Tengo que seguir, pásalo bien.

Y el chico siguió su camino, manteniendo aquella mano en la cintura de Ari todo el tiempo que le fue capaz.

—¿Has visto ese tío? —le preguntó a Tefi con la boca abierta.

—Es un relaciones públicas, llevaba la acreditación —le explicó su amiga.

Ella asintió, precisamente no se estaba fijando en su acreditación, sino en aquella cara de niño malo con ojos verdes.

Se pidieron otra copa, y luego otra más, y otra y, así, hasta que faltaron dos horas para que la discoteca cerrase y tener que coger el TRAM que las llevaría de vuelta a Alicante centro.

Y desfasaron en la pista de baile, moviendo las caderas, riendo, segregando aquella hormona de la felicidad que ninguna se acordaba de cómo se llamaba.

—¿De verdad no te acuerdas de cómo se llama la hormona esa? —le preguntó Ari a Tefi de camino a la parada de TRAM.

—Ya te he dicho que no —le dijo entre risas.

—¿De qué te ríes?

—¿Te acuerdas...? —y se volvió a reír. —¿Te acuerdas cuando...?

Pero Tefi no podía acabar la frase, siempre se partía de risa antes de conseguirlo.

Ari se contagió de sus carcajadas y también se puso a reír.

Se sentaron en la parada de TRAM y esperaron acompañadas de la multitud de gente que también se despedía de una noche increíble en la Penélope.

No tardó en llegar y se adentraron rápidamente para poder pillar un par de asientos.

Benditos asientos en los que poder descalzarse de los zapatos de tacón.

## 2.

### *Soy yo el que te va a llevar. Funzo ft Baby Loud - Nosalio*

Rodrigo, uno de los chicos de relaciones públicas de la discoteca, comenzó a poner orden en una de las barras, pues esas labores se las pagaban como horas extra.

Concentrado en su tarea, se percató de que había más movimiento de lo normal en la pista de baile.

Forzó la vista entre los colores de las luces de neón y comprobó que se trataba de una pelea.

—¡Eh! —gritó saliendo de detrás de la barra y adentrándose al tiempo en la pista de baile, aunque sabía que su voz no iba a ser escuchada con la música tan alta.

Se acercó a los dos chicos que se pegaban a puñetazo limpio y, entre él y unos cuantos chicos más que, seguramente fueran acompañantes de los dos que se estaban peleando, consiguieron separarlos.

Rodrigo apretó su mano más fuerte alrededor del brazo del que había conseguido alejar de su oponente.

—Las peleas en la calle —le dijo muy serio.

—¿Acaso eres el dueño del local?

—No, pero trabajo aquí y una de mis responsabilidades es que no haya gente como tú espantando a la clientela.

—¿Me estás echando?

—Acabas de romperle la nariz a un tío, chaval. Por supuesto que te estoy echando.

—Eso no me lo dices en la calle.

Rodrigo soltó una risita de suficiencia.

—No digas tonterías... —le dijo al tiempo que le empujaba hacia la salida.

—No me aprietes.

—Te aprieto para asegurarme de que vas a salir por esta puerta —le dijo mientras abría la puerta de salida.

—Eres un maricón.

—No me calientes, solo hago mi trabajo. Ya puedes pegarte con...

Pero no le dio tiempo a terminar la frase, un puñetazo le impactó en el pómulo derecho.

—¿Pero tú de qué vas, chaval?!

—Te lo has buscado —le dijo el chico.

—No te pego porque... —le dijo entre dientes, cabeza con cabeza.

—No me pegas porque eres un maricón —le contestó el chico, después escupió en el suelo.

Llevaba el labio roto y distintos golpes por la cara de la pelea anterior.

Rodrigo no aguantó que le insultara por segunda vez, sabía que estaba en horario de trabajo y que no debía mezclarse en peleas, y mucho menos pelearse con ningún cliente, aunque fuese insufrible como aquel.

Le pegó un directo en la nariz que le hizo sangrar y el chico cayó al suelo cubriéndose la cara con las manos.

Pronto se disipó el corro de curiosos que se había formado a su alrededor y Rodrigo volvió a su puesto de trabajo tocándose la mano. Le había dado fuerte, seguro que le había partido la nariz.

Quiso quitarle importancia, ningún compañero le había visto y aquel idiota iba tan borracho que seguramente no se acordaría al día siguiente de quién le había golpeado.

Cuando terminó su trabajo, emprendió el camino hacia la parada de TRAM junto a sus compañeros, no sin antes haberse bebido unos cuantos chupitos junto a ellos tras la barra de la discoteca.

Aquella costumbre nunca la dejaban de lado tras terminar la jornada laboral.

Entraron dentro del transporte público a trompicones, pues había mucha gente, y se hicieron hueco como pudieron.

Cuando los vagones se fueron vaciando de gente que no paraba de bajar en cada parada, alguno de sus compañeros pudo sentarse en un asiento.

Entonces la reconoció, con la mirada posada en ella, escuchando de fondo las voces de sus amigos, quienes muy animados hablaban alto y ponían alguna que otra canción en su teléfono móvil.

*NoSalió de Funzo y Baby Loud.*

*Ella me lo mueve, me lo mueve, me lo mueve.  
Me muerde la boca, no quiere bailar...*

Era ella, la chica que se había chocado con él y que tenía la mirada azul más bonita que había visto nunca. Se había quitado los zapatos de tacón.

*Se pone a bailar, quiere disfrutar esta noche y yo soy el que te va a  
llevar...*

*Una botella de ron, un paquete de Marlboro, palmeras y una playa pa'  
que tenga de todo.*

*Morada, morado y el verde a mi lado.  
El rojo del atardecer...*

Iba mirándose un tacón sin tener la vista al frente cuando se chocó con él. Se disculpó y él la cogió de la cintura quitándole importancia a aquel choque.

Y mantuvo su mano en la tela de su vestido todo el tiempo que le fue capaz.

Ari, quien estaba escuchando la letra de la canción que aquellos chicos habían puesto en voz alta, se fijó en los ojos verdes que la miraban.

Era él. El relaciones públicas de la Penélope. Bajo el efecto de las luces de neón y la música de la discoteca le había parecido guapo, pero en ese momento, con la luz blanca que alumbraba el vagón en el que iban, le robaba el aliento.

Sí, era él. El que había dejado una corriente eléctrica en su cintura después de tocarla.

El que había sido agradable con ella.

Era él y la estaba mirando.

Tenía un pómulo magullado y aún así la extasiaba.

La voz de Tefi cortó la conexión que las pupilas de ambos mantenían.

—¿Sabes algo de Lalo?

—¿Qué?

—Lalo.

—¿Qué le pasa?

—Que si te ha llamado o algo.

—A mi no. ¿A ti?

—Tampoco.

—Iba a la Penélope también, ¿verdad?

—Eso me dijo... —le contestó Ari rezando para que su amiga se callara y la dejase hundirse de nuevo en aquella mirada.

Pero Rodrigo ya no estaba concentrado en ella como un momento antes, sino que se había acercado un poco más a sus amigos, quienes estaban apostando quién de todos aguantaba más colgado de una de las barras de arriba del vagón.

Rodrigo se reía y Ari se deleitaba en su risa.

No sabía si era por los efectos del alcohol, que todavía la afectaban, pero aquel chico tenía un magnetismo que hacía que no pudiese dejar de mirarle.

Rodrigo se colgó de la barra y Ari admiró los músculos de su espalda y sus brazos. Tensos, torneados, perfectamente marcados bajo aquella camiseta de manga corta en la que estaba estampado el logo de la discoteca en la parte delantera.

*Ya vuelvo a caer otra vez...*

*Brindamos gritando por el destino, que te llevó anoche a perrear  
conmigo...*

Quizá sí fuera el destino. O no, pero Ari y Rodrigo se bajaron en la misma parada una vez hicieron el transbordo en Alicante centro para coger el último TRAM a San Vicente del Raspeig, donde ambos vivían.

Si bien, Ari en una de las urbanizaciones más emblemáticas y caras, y Rodrigo en un piso compartido con uno de sus compañeros de trabajo y, también mejor amigo, de uno de los barrios más antiguos del pueblo.

Tefi y Ari volvieron a ponerse los zapatos de tacón y activaron el botón para que las puertas se abriesen.

Rodrigo y sus amigos salieron después de ellas y a Ari se le cayó al suelo su bolso de mano.

Los rayos de sol mortecinos típicos del amanecer iluminaron levemente las calles.

—Creo que esto es tuyo...—le dijo Rodrigo tendiéndole aquel pequeño bolsito de mano de marca cara.

Tefi abrió mucho los ojos y Ari sonrió.

—Gracias, soy un desastre.

Rodrigo sonrió como un idiota.

Aquella chica era preciosa y nadie podía decir que no.

—Eres un desastre precioso, entonces —le dijo sin pensarlo.

Ari se ruborizó levemente y se mordió el labio inferior.

—Hasta luego —le dijo Rodrigo.

—Espera.

Rodrigo se dio la vuelta nada más escuchar su voz.

—¿Tienes un cigarro?

—Claro.

El chico metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó un paquete de cigarrillos.

Le tendió uno a Ari bajo la mirada reprobatoria de Tefi y, al tenderle segundos después el mechero, se rozaron con los dedos.

Otra vez aquella corriente de electricidad.

Rodrigo contempló cómo le dio la primera calada y tiró el humo lentamente.

—Gracias, eh...

—Rodrigo.

—Ariadna, encantada —le dijo tendiéndole la mano.

Pero Rodrigo no se contentó con un gesto tan cordial, demasiado para su gusto.

Se acercó y le dio dos besos, inhalando el aroma de su perfume, dulzón e intenso al mismo tiempo. Ahora ya sabía cuál era su aroma favorito. El de Ariadna.

3.

*Next to you, the sky is more blue.*  
*Miley Cyrus - Malibú*

—¿Pero tú estás loca? —le regañó Tefi a su amiga.

—¿Yo? ¿Por qué? —le respondió esta en lo que se terminaba de fumar el cigarrillo.

Caminaban por las calles de San Vicente hasta llegar a la urbanización, pues a parte de tener una amistad inseparable, eran vecinas.

—¿De qué le conoces?

—¿A quién? —se hizo Ari la tonta.

—¿A quién va a ser? ¡Al chico ese!

—¿Rodrigo?

—¿Ya le llamas por su nombre?

Ari se encogió de hombros.

—De nada, de esta noche.

—No ha pasado nada entre los dos, has estado todo el tiempo conmigo — quiso asegurar Tefi, como si pensase que el alcohol les había afectado tanto que había podido perder a su mejor amiga de vista en algún momento.

—Pues claro que he estado todo el tiempo contigo y, claro que no ha pasado nada entre los dos, si a penas le conozco...

—¡Pues por eso!

—Tefi, ¿Quieres relajarte?

—Es que no sé en qué piensas...

—¿Acaso he hecho algo malo?

—Pedirle un cigarrillo a un extraño que, por cierto, podría haberte robado el bolsito.

Ari puso los ojos en blanco.

—¿Y por qué iba a hacer algo así?

—¡Porque es lo que hace esa gente!

—¿Esa gente?

—Sí.

—¿Y qué le pasa a esa gente? —le preguntó Ari dejando de caminar y parando en seco.

Tefi observó las cejas arqueadas de su amiga cuando se paró a su lado.

—Le pasa que no son como nosotras —dijo Tefi con la boquita pequeña.

—¿Y cómo somos nosotras?

Tefi se quedó callada y Ari suspiró. Aquella conversación no era la primera vez que salía a relucir entre las dos amigas.

—Mira, todavía voy un poco borracha y no tengo ganas de discutir...Aun así, no me ha robado nada, tampoco tenía motivos para ello —zanjó el tema.

No, Ari no tenía ganas de discutir, pero se mordía la lengua por no decirle que ella no pensaba como su amiga, que no encajaba en la moralidad de su familia ni de toda la gente de la que se rodeaba, que ella era esa pieza del puzle que nunca encuentra su sitio.

No obstante, se calló. Se calló y volvió a caminar con Tefi siguiéndole los pasos hacia la urbanización, quien no dijo ni una palabra más en lo que restaba del camino y, cuando llegaron, se cambiaron de ropa en el portal.

Tefi metió la ropa de ambas en el bolso y se despidieron con un escueto “Buenas noches”, aunque la claridad del día iluminaba sus caras.

Ari se metió un chicle en la boca y abrió la puerta de su casa intentando hacer el menor ruido posible.

Sábado por la mañana. La excusa del día anterior fue quedarse a dormir en casa de Tefi y, Tefi a su vez, quedarse a dormir en casa de Ari.

Ambas prometieron a sus padres llegar pronto a casa a pesar de haber pasado la noche juntas para el acto social de la mañana siguiente, el cual consistía en un almuerzo en el club de campo al que asistirían varios socios de sus padres, los cuales trabajaban juntos en una empresa muy importante de fármacos.

Había sido una locura trasnochar aquella noche, Ari lo sabía y, por eso, le costó convencer a Tefi. Pero aquellas salidas eran su única vía de escape.

En su casa todavía dormían, así que anduvo por los pasillos en silencio y, después de coger ropa limpia, decidió darse una ducha para espabilarse.

Desbloqueó su teléfono móvil y entró en la carpeta de música. Clicó con el dedo en su lista de reproducción de la ducha, pues tenía una para cada momento, y la lista de reproducción comenzó a sonar.

*Malibú* de Miley Cyrus.

Se recogió el pelo rojizo, largo y rizado en un moño y pronto inhaló el aroma de su gel de ducha.

El agua caliente le destensó los músculos, cansados de bailar toda la noche, y le despejó la cabeza embotada por el alcohol.

En unas horas lamentaría las copas de Malibú con piña que le provocarían resaca.

En unas horas tendría que ponerse la careta, esa que su madre tanto insistía que llevase puesta en cada acto al que asistían.

La asqueaba, Ari sentía asco por todo aquello y no veía la hora en la que sentirse libre, haciendo su vida como ella quisiera, sin tener sombras que la siguieran y marcaran el rumbo que debían tomar sus pies, sin que nadie decidiera por ella.

Equivocarse. Eso quería, equivocarse para aprender.

#### 4.

*En la baraja la reina soy yo.  
Lola Índigo – Yo ya no quiero ná*

Cuando Ari y sus padres llegaron al club de campo, Tefi ya estaba allí junto a su familia.

Ari saludó educadamente a los padres de su amiga y se sentó junto a ella en la mesa que compartían los socios de la farmacéutica, la cual poco a poco se fue llenando de gente de clase alta y refinada.

Agradeció que ni sus padres ni los de su amiga comentaran nada del truco que habían utilizado para poder salir la noche anterior.

A los pocos minutos de haber pedido un zumo de piña, divisó a Lalo, amigo de ambas, caminando junto a su padre hasta la mesa en la que estaban.

Tenía moratones en la cara y una gasa en la nariz.

—Dios mío, Lalo —dijo Ari en el mismo tono neutro que siempre adoptaba en aquellas reuniones.

Se había acostumbrado a no mostrar ningún sentimiento o emoción, tal y como su madre le había repetido hasta la saciedad.

Compostura ante todo.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó Tefi.

—Gonzalo se va a pasar una temporada sin salir de casa —contestó su padre con voz grave.

—Es que le permites demasiado, Alfredo —ahí estaba María del Carmen Ballesteros, la madre de Ari.

Menchu, la llamaban.

Menchu, la esposa perfecta.

Menchu, la madre ejemplar.

—Totalmente, Menchu, debo escucharte más cuando me dices que no le permita las salidas nocturnas.

Menchu asintió repetidas veces, pensando que ya era hora de que Alfredo se hubiera dado cuenta.

—¿Estás bien, Lalo? ¿Qué pasó?

Lalo se sentó frente a sus dos amigas e hizo una mueca de dolor.

—Tuve un problemilla.

—¿Problemilla? Dirás problemón... —le dijo Tefi susurrando al tiempo que se echaba hacia delante para que su amigo pudiera escucharla.

—Me peleé dentro de la Penélope —le respondió Lalo sin susurrar, ya que su padre estaba al tanto de todo.

—¿Fuiste a la Penélope al final? —le preguntó Ari temiendo que pudiese irse de la lengua.

—¿Vosotras no?

—¿Ellas? Gonzalo, por favor, no digas tonterías. Mi hija no pisa esos lugares...

Dieron gracias a Dios, porque los padres de Tefi no estaban presentes en ese instante, pues se habían levantado cuando habían llegado unos amigos y estaban algo apartados de aquella mesa.

La mentira podía seguir su curso.

—Ariadna estuvo durmiendo en casa de Estefanía y, gracias a Dios, esas son las únicas salidas nocturnas que hace. Salvo las noches que se va a la biblioteca a estudiar, claro está. Eso deberías hacer tú, Alfredo, filtrar las salidas de tu hijo.

Lalo se mordió la lengua y Alfredo asintió con la cabeza, resignado.

Tefi se puso colorada de la vergüenza y Ari miró para otro lado, cabreada y asqueada a partes iguales.

Su madre siempre conseguía que sintiera vergüenza. De un modo u otro, pero siempre lo hacía.

Almorzaron entre conversaciones relacionadas con medicamentos y dinero, sobre todo, dinero.

Ari, Tefi y Lalo, por supuesto, no probaron ni una gota de alcohol. No obstante, sus progenitores intercalaban los nombres de los medicamentos en aquellas conversaciones con copas de licores caros y exquisitos.

Ari se notaba la resaca cada vez más fuerte y maldijo el Malibú con piña.

Aburrida de escuchar esos diálogos banales y vacíos, pidió permiso para retirarse y les propuso a sus amigos dar un paseo.

Durante el trayecto, lento y tranquilo, intentó sacarle conversación a Lalo.

—¿Con quién has dicho que te peleaste?

—Un idiota de la discoteca... No pienso pisar ese antro nunca más.

—¿Lo dices en serio? —le preguntó Tefi, quien se encontraba al lado derecho de Lalo.

—Sí. Me echaron de allí.

—Es que, si te peleas...

—Me echaron de allí de malos modos, Tefi. Un relaciones públicas gilipollas.

—¿De verdad? ¿Un relaciones?

—Sí. Un soplapollas al que le pegué un buen directo en un pómulo.

El aire que había inhalado Ari en ese mismo instante pareció no querer salir de sus pulmones.

¿Sería Rodrigo el relaciones del que hablaba Lalo?

No, no tenía porqué ser él.

—¿Y cómo era?

—¿Cómo era qué?

—El relaciones que te pegó.

—Pues... ¡Y yo qué sé, Ari! ¿Qué estupidez de pregunta es esa? —la reprendió Lalo.

—Es que aquí, tu amiga, entabló amistad con un relaciones de la Penélope.

—¿Qué dices?

Ari lo miró. Parecía más afectado que sorprendido.

—No me lo creo...

—¿Tú también? Bastante tengo con Tefi.

—Es que, Ari... con esa chusma...

Ari no daba crédito a lo que decía su amigo.

—¿Chusma?

—A ver... por favor, Ari...¿Te crees que esa gente tiene estudios?

—¿Y?

—¿De verdad me lo estás diciendo?

—Es que no te entiendo, Lalo. Son gente normal y corriente. Como tú y como yo.

—Ah, no. Eso ni lo digas. No es cierto. ¿Nos estás comparando con ellos?

—Me dais asco.

Lalo frenó en seco.

—¿De qué vas, Ari?

—¿De qué vas tú, Lalo? Cada día te pareces más a tu padre —le recriminó.

Tefi se llevó una mano a la boca.

—¿Y tú?

—¿Yo qué he hecho? —le dijo Tefi un tanto afligida.

—Soltarme anoche el mismo royo.

—Es lo que pienso.

—Pues tienes pensamientos de mierda. Tenéis —les dijo dirigiéndose esta vez a los dos y señalándolos con el dedo —, pensamientos de mierda.

—¿Qué pasa? —le dijo Lalo de manera chulesca —, ¿te liaste con él?

—¿Qué? ¡Por supuesto que no! Solo me devolvió el bolsito cuando se me cayó al bajar del TRAM y le pedí un cigarro. ¡Ni siquiera sé cómo se llama!

—¡Ah, no! ¡No mientas! ¡Sí lo sabes!

—Vale, sí lo sé. Era una forma de hablar. Quiero decir que no le conozco, ni me he liado con él ni nada parecido.

—Es que la que daría asco de ser así serías tú.

—Vete a la mierda, Lalo. ¿Sabes? Si eso de la nariz te lo ha hecho él, te lo tienes bien merecido. Sé lo insoportable que eres cuando vas borracho, algo harías o dirías para que te diera. Me alegro de que tu padre se haya enterado.

Ari se dio la vuelta y rehízo sus pasos, dejando atrás a sus amigos.

Conectó sus cascos en su teléfono móvil y le dio al play a una de las canciones que más le gustaban en ese momento.

*Ya no quiero ná* de Lola Índigo.

Y caminó pensando en Rodrigo. En sus ojos. En su espalda.

Pero no se acordó de aquel pómulo magullado.

## 5.

*No sé lo que tú me hiciste.*

*J. Balvin, Zion & Lennox – No es justo*

Cuando Ari llegó a su casa junto a sus padres estaba de mal humor y tenía un dolor de cabeza terrible.

Se cambió de ropa, se tomó un par de ibuprofenos para la resaca y se tumbó en la cama.

Debería empezar el trabajo de historia. Estaban en el segundo trimestre de segundo de bachillerato y, aunque sus notas eran impecables, debía esforzarse al máximo para poder hacer la selectividad lo antes posible, sin tener que recuperar asignaturas.

A pesar de sus buenas notas, no quería confiarse.

No obstante, en ese momento no tenía la cabeza para ponerse a buscar información para el trabajo.

El dolor punzante de la resaca le martilleaba las sienes y todavía no se había acostado a descansar.

Pero su mente iba a mil por hora intentando entender las palabras de sus amigos. Intentando encontrar la razón para decir tales cosas.

Cosas que a ella le parecían desorbitadas y dolientes.

No conocía de nada a Rodrigo, pero no por ello debía juzgarlo de la misma manera que lo hacían sus amigos.

O su madre, si lo supiera, porque si se diera el caso, pondría el grito en el cielo y sería mucho más cruel que Tefi y Lalo.

Pensó en Rodrigo. Volvió a recordarle. Recreó el color de sus ojos en su mente de nuevo y casi volvió a sentir la corriente eléctrica en su piel cuando se habían rozado.

Aquel chico tenía algo, algo que la atraía.

Y eso era inevitable. Incontrolable.

Se preguntó si él también habría sentido aquella electricidad traspasando su piel.

Y, al instante, se rio.

A veces se le iba el santo al cielo soñando cosas que no podrían pasar.

¿Acaso podría si quiera mantener una amistad, una simple amistad, con alguien que no estuviera dentro del círculo social en el que ella se movía?

Lo veía improbable.

No obstante, no lo creía imposible. Algún día tendría que volar. Ser libre. Ella misma. Sin barreras.

Rodrigo se despertó con la cabeza embotada. Y no era por la resaca.

Todavía podía oler aquel perfume exquisito que le embriagaba las fosas nasales.

Se preguntó cuál sería. Fijo tenía que tratarse de una marca cara. Todo en Ariadna era caro. Lo sabía.

Esas cosas se notaban al instante. Y Ariadna le pareció tener mucha clase.

Mucha clase y unos ojos preciosos que se habían colado en sus sueños.

Soñó con ella. Con sus ojos y su perfume. Y casi volvió a sentir de manera real esa corriente que le traspasó la piel cuando la cogió de la cintura y sus dedos se rozaron al darle el encendedor.

Y se despertó con un calor abrasante en el pecho y, también, en otras partes más abajo.

Le dijo que era un desastre precioso.

Y qué verdad.

Se dio una ducha de agua fría a pesar de que todavía hacía frío y no consiguió sofocar aquel calor que le inundaba el cuerpo.

No sabía qué le había hecho esa chica, pero tenía claro que si así, sin probar sus labios ni tocar su cuerpo, se sofocaba, si en algún momento volvía a verla y pasaba algo entre ellos, ardería.

Pero aquello solo era un sueño. Un imposible.

¿Cómo una chica de bien podría fijarse en un chico que se ganaba la vida en un antro?

No. Ella no querría y, seguro que, sus padres, finos y adinerados, querrían algo mejor para ella.

Rodrigo sabía que no estaba a la altura de chicas como Ariadna.

Y, también sabía, que no era bueno que se hiciera ilusiones o, peor aún, se le metiera entre ceja y ceja conseguir el amor de alguien como Ari.

Pero ahí estaba, su imagen clavada en su mente. Se le grabó en la retina como la tinta de un tatuaje en la piel. Permanente.

Y no podía desprenderse de ella.

Joel, su compañero de piso, compañero de trabajo y, también, su mejor amigo, le sorprendió hablándole en el salón de su casa y haciendo así que saliera de su ensimismamiento.

—Estás lelo...El golpe que te dio ese imbécil te ha dejado noqueado.

Rodrigo suspiró.

—Hacen falta más golpes de estos para poder dejarme noqueado, tío. Era un imbécil...

—Un imbécil que te puede costar tu curro —le recordó Joel.

—Solo tú sabes la existencia del altercado con ese idiota... los demás son solo clientes que vieron el espectáculo.

—Sabes que no pienso abrir la boca.

—Más te vale —le dijo al tiempo que le guiñaba el ojo y le palmeaba la espalda de forma cariñosa.

—¿Te hace un ron cola en el Okavango?

Rodrigo resopló, cansado.

Trabajar los fines de semana en la Penélope le agotaba más de lo que quería admitir, más que nada porque el resto de la semana se lo pasaba transportando muebles en una nave.

—¿No estás cansado?

—Es domingo, tío, nuestro día libre. Dormimos por la mañana y por la tarde Okavango.

—Yo poco he dormido —admitió Rodrigo.

—¿Por?

—Nada, cosas mías.

—¿Davinia otra vez?

—Paso de Davinia, Joel.

—Lo sé, pero ella de ti no.

—Davinia es historia.

Joel entornó los ojos. No se creía ni una sola palabra de su amigo. Había escuchado de boca de Rodrigo esa frase tantas veces... Y tantas otras había tenido que ver cómo su amigo traía a dormir a Davinia al piso...

—¿Okavango entonces? —le dijo Rodrigo para cambiar de tema.

—Como siempre, tío.

Así que después de comer intentó dormir la siesta, -cosa que consiguió a duras penas- y sobre las siete de la tarde se vieron sentados en una mesa de la terraza del Okavango, un bar de copas que se situaba en el centro del pueblo, justo en frente de la Iglesia, en la misma Plaza de España.

Media hora después, Ari y Tefi se sentaron unas cuantas mesas más allá de donde estaba Rodrigo con Joel.

A Tefi le había costado la vida convencer a Ari de que quedase con ella.

Se había quedado preocupada después de la conversación que tuvieron esa misma mañana con Lalo en el club de campo.

—¿Puedes quitar ya esa cara de vinagre?

Ari frunció el ceño más todavía.

—No.

—Hemos quedado para hablar, no para que no me mires ni a la cara.

—¿Qué quieres que te diga?

—Ha sido Lalo quien te ha dicho esas cosas tan feas, no yo.

—Pero tú estás de acuerdo —le dijo Ari mientras removía su café con la cucharilla.

—Pero tú eres mi mejor amiga.

—Eso no basta para que cambies tu forma de pensar. Además, tampoco pienso pedirte que lo hagas.

Tefi asintió, compungida.

—Últimamente estás muy rara.

—¿Últimamente? Siempre he pensado como pienso ahora, lo único que es ahora cuando lo estoy expresando.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Qué voy a hacer de qué?

—Si este tipo de vida no te gusta, si no estás de acuerdo con los ideales de tus padres y... de tus amigos, en algún momento te separarás de nosotros, digo yo —se sinceró Tefi.

—Dudo que eso pase...

—¿Acaso vas a vivir siempre en casa de tus padres?

—No, pero...

—Pues ya está.

—¿Me estás queriendo decir algo?

Tefi chasqueó la lengua contra su paladar.

—Yo te quiero, Ari. Eres mi mejor amiga y quiero que seas feliz... no

quiero verte siempre de mal humor porque no estés a gusto o hagas cosas que no quieras hacer.

—Entiendo.

—Voy al baño, ahora seguimos hablando.

Tefi se levantó de su silla y entonces Ari le vio. Rodrigo. El relaciones públicas de la Penélope.

Si no lo veía, no lo creía.

Y entonces él giró la cabeza y sus ojos se encontraron.

Rodrigo se removió en la silla, nervioso.

Allí estaba ella. Ariadna.

Y ahí se encontraba él, paralizado como un idiota, como si tuviese doce años en lugar de veintiuno.

Entonces la vio acercarse hasta su mesa.

Ari, en efecto, con paso decidido, se acercaba rápidamente hasta él, haciendo ruidito con sus pequeños pies enfundados en unas zapatillas Nike.

Rodrigo la observó. Estaba preciosa con esas zapatillas limpias y perfectas, un vaquero pitillo de color clarito y un jersey de lana rosa palo que le quedaba algo ancho. Se había recogido su bonito y rizado pelo de color rojizo en un moño alto que le resaltaba los ojos.

—Vaya... el precioso desastre de ayer —le sonrió Rodrigo cuando llegó a su mesa.

—El chico que salvó mi bolso —rio Ari.

Realmente no sabía qué estaba haciendo, no sabía cómo se había atrevido a ir hasta allí solo para saludarle, pero el cuerpo se lo había pedido.

—¿Cómo estás?

—Tengo un poco de resaca... pero bien ¿Y tú? ¿Cómo te has hecho eso? —le preguntó señalándole el pómulo.

—Tuve un altercado anoche con un idiota dentro de la discoteca... se llevó un buen directo en la nariz y me reservaré el derecho de admisión seguramente en caso de que vuelva a verlo por allí.

Así que había sido él... Rodrigo había sido el relaciones públicas con el que Lalo había tenido el problema.

Ari se mordió el labio inferior con fuerza.

—Pero tranquila, no es nada... —le dijo Rodrigo al ver que ella se había quedado callada.

Ella sonrió simplemente.

—Bueno, mi amiga no tardará en salir del baño, vuelvo a mi mesa. Solamente quería saludarte.

—Ariadna, yo... esto... —comenzó Rodrigo poniéndose de pie.

—¿Pasa algo?

—Sí, creo que hay un problemilla.

Ari se asustó. ¿Sabría que Lalo era su amigo? No, no tenía forma de saberlo.

—¿Qué problemilla? —le preguntó incómoda mirando hacia atrás, por si Tefi volvía. Estaba tardando demasiado.

—El problema de que me gustaría volver a verte...

Ella sintió un vuelco en su corazón y un enjambre de abejas en el estómago.

—Crees que... ¿Tiene solución?

—¿Me dejas tu teléfono móvil? —le pidió.

Rodrigo asintió y se lo tendió.

Ari marcó rápidamente su número de teléfono y lo guardó en la agenda de contactos del móvil de Rodrigo.

—Un placer —le dijo tendiéndole el móvil.

Una vez Ari se sentó en su silla, Rodrigo buscó entre sus contactos su nombre.

Ahí estaba, de los primeros. Resaltando con luz propia en su lista de contactos.

Tefi volvió un par de minutos después de que Ari se hubiese sentado de nuevo en su silla.

—¿Por qué has tardado tanto?

—He tenido un percance... la de todo los meses, ya sabes. Menos mal que siempre llevo un neceser en el bolso.

Ari asintió y, poniendo la excusa de que estaba cansada y quería acostarse pronto para que no le costase madrugar al día siguiente, consiguió que Tefi accediese para volver a casa.

Ya no quería estar allí, quería estar en su casa, encerrada en su habitación, esperando a que Rodrigo le hablase porque, si de algo estaba segura, era de que no tardaría en hacerlo.

Pero no fue hasta pasadas las nueve de la noche cuando Ari recibió un mensaje de Whatsapp de un número desconocido con un enlace de una canción para escuchar en Youtube.

*No Es Justo* de J.Balvin, Zion & Lennox.

“No te imaginas lo que me recuerda a ti”, le escribió Rodrigo.

*Sonando esta canción y yo viéndote, si te acercas a mí no pares.*

*Y si te digo estás linda una y otra vez, eso te gusta y lo sabes.*

*Sin ti no existe la discoteca.*

Desde ese momento, aquella canción fue una de las preferidas de Ari y, Rodrigo, dichoso, aquella noche pudo dormir solo por la esperanza de poder soñar con ella.

## 6.

### *Dile que somos amigos. Funzo ft Baby Loud - Amigos*

Levantarse al día siguiente para ir al instituto fue un suplicio para Ari. La cabeza no le martilleaba por la resaca, sino por todo el sueño atrasado que llevaba.

Tenía claro que el fin de semana no saldría y se dedicaría a dormir como un lirón para recuperar horas de sueño perdidas.

Eso si no le tocaba asistir a cualquier acto estúpido al que sus padres le obligasen a ir.

La primera clase que tenía era de historia e hizo todo lo posible porque sus ojos no se cerrasen ante la explicación del profesor.

Cada dos por tres sentía un leve pisotón en uno de sus pies de Tefi, quien lo hacía para que se espabilase.

Ari no entendía cómo lo hacía, habían vuelto a la misma hora tras la salida del sábado y ambas se habían arreglado para el acto social nada más llegar.

Quizá había dormido más siesta de la que Ari pensaba antes de quedar al final de la tarde para tomar aquel café el día anterior.

Sintió que se le cerraban los ojos de nuevo, pero dio un respingo sobre sí misma y esta vez no fue por el aviso de Tefi, sino por la vibración de su teléfono móvil en su regazo, sobre los pliegues de la falda de su uniforme.

Un mensaje.

Y se imaginaba a la perfección de quién podía ser.

Se había pasado horas hablando con Rodrigo por WhatsApp hasta pasadas las doce de la noche.

Y habían hablado de muchísimas cosas.

Rodrigo no aparentaba lo que era. Por su aspecto, por su físico, podía aparentar que destilaba chulería por cada poro de su piel y que no había tocado un libro en su vida.

Que era un picaflor que se dedicaba a ganarse un dinero en un antro y que

pasaba de trabajar.

Pero Ari había descubierto que se pasaba la semana cargando muebles en un almacén, que los fines de semana tenía que trabajar en la Penélope para llenar un poco más su bolsillo y que le encantaba leer novelas de Stephen King.

Incluso tenía estudios, un grado medio de auxiliar de farmacia. Pero no encontraba trabajo de ello y tuvo que sacarse las castañas del fuego como pudo.

No, Rodrigo no era lo que aparentaba y, lo que Ari había descubierto rascando un poco más aquella coraza de chico malo que solía confundir a la gente, le había encantado.

E iba en aumento el avispero que sentía en su estómago cada vez que hablaba con él.

Sabía que nadie de su alrededor vería con buenos ojos aquella amistad porque, de momento, solo se trataba de eso.

Pero Ari tenía demasiadas ansias de libertad como para hacer caso a lo que pudiera decirle su entorno en el caso de que supieran de la existencia de Rodrigo en su vida.

“No paro de pensar en ti”, le puso en el mensaje que leyó a escondidas de los ojos de su profesor y, de milagro, de su amiga Tefi, quien cogía apuntes como si no hubiera un mañana.

“Yo tampoco”, le respondió ella.

Y una sonrisa se dibujó por sí sola en sus labios.

“Al final me van a echar la bronca en el trabajo por estar con el móvil, pero no he podido evitar decírtelo”, le volvió a decir.

“Yo tampoco debería estar con el móvil, estoy en clase de historia”, le contestó ella rápidamente.

“¿A qué hora sales?”.

“A las dos”.

“Dime cómo se llama tu instituto y paso a buscarte”, le propuso Rodrigo.

El avispero que sentía en el estómago se le subió a la garganta de golpe.

¿Pasar a buscarla? Dios Santo...

“San Raimundo de Peñafort”, tecleó sin pensar.

“Te veo en unas horas, preciosa”.

Ari no fue capaz de seguir contestando, tenía que pensar una excusa para no irse con Tefi de vuelta a casa al salir del instituto y, otra, para no ir a comer

a su casa, ya que seguro comerían juntos.

No creía que no fuesen a probar bocado en aquella cita.

Porque... Era una cita ¿Verdad?

Sí, se afirmó Ari a sí misma mentalmente. Aquello era una cita. Con Rodrigo. El relaciones públicas de la Penélope. El que casi le parte el tabique de la nariz a Lalo.

Su amigo Lalo.

Qué bien, Ari, qué bien. Directa a la boca del lobo, se reprendió.

Se pasó la mañana ideando excusas, aunque todas le parecían absurdas y poco creíbles.

Finalmente, optó por decirle a Tefi que se quedaría una hora después de clase en el instituto para tener una tutoría con el profesor de historia para preguntarle algunas dudas y, a su madre, le dijo lo mismo.

Solamente podría pasar una hora con Rodrigo, pero aquello era mejor que nada.

Si seguían viéndose, con el tiempo pensaría cosas más creíbles y se organizaría mejor.

Lalo no le dirigió la palabra en todo el día. Ni siquiera se sentó con ellas en la hora del almuerzo como era habitual, pero a Ari no le importó en absoluto. Mejor así. Era un prepotente y un imbécil y cada vez tenía más claro que se tenía bien merecido aquel golpe de Rodrigo.

Si bien, de momento no quería que ninguno de los dos se enterase de que existía una conexión entre ellos más allá de la pelea: ella.

A las dos de la tarde, Ari se encaminó por un pasillo y dejó a Tefi en la entrada de la escuela para marcharse a casa tras despedirse de ella.

Esperó unos minutos y entonces salió del centro.

Había sol y no hacía demasiado frío.

Miró a un lado y otro de la calle buscando a Rodrigo con la mirada y pronto lo encontró.

Rodrigo, apoyado en el muro que protegía el centro mientras fumaba un cigarrillo, la esperaba con una pierna sobre la otra.

—Hola —le saludó ella sonriente.

—Hola, has tardado mucho.

Ella se rio.

—Para nada, eso son tus ganas de verme —le dijo algo tímida.

Él sonrió y la cogió de la mano para atraerla hacia sí y saludarla con un

beso en la mejilla.

—Pero he tenido que fingir que tenía una tutoría con el profesor de historia para que Tefi no me esperase.

—¿Me escondes? —le preguntó Rodrigo arqueando una ceja.

—Me escondo —le corrigió ella pegándose a él.

Rodrigo se pasó la lengua por los labios y sonrió de lado, macarra.

—¿Nos vamos?

—Claro.

—¿Cómo has venido?

—En moto.

Ella asintió algo compungida, pues nunca había montado en moto.

Siguió a Rodrigo hacia el vehículo y este le tendió un casco de color blanco.

—¿Cómo se abrocha? —le preguntó ella tras colocárselo en la cabeza.

Él soltó una carcajada y acto seguido se lo abrochó.

—¿Nunca has montado en moto? —le preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—Entonces iré despacio, no quiero que te acojones —le dijo carcajeándose.

Ella puso los ojos en blanco y, tras esperar a que él se montase en el vehículo, se montó detrás.

Pegó un acelerón y frenó de golpe, cosa que hizo que Ari se fuese para atrás y no se cayese de milagro, pues se aferró a él como una lapa.

Y ahí estaba de nuevo el avispero de su estómago.

Lo estaba tocando, palpando su vientre plano tras rodearlo con sus brazos para no caerse.

—¿Todo bien? —preguntó.

—¡Perfectamente! ¡Pero no vuelvas a hacer eso!

Rodrigo soltó una carcajada y, por fin, se adentró en la circulación de la carretera.

Puso rumbo al centro comercial de San Vicente y en menos de diez minutos llegaron a “100 Montaditos”.

Pidieron dos jarras de sangría cada uno acompañadas de una ronda de montaditos y un plato de patatas con queso y bacon.

—Me moría de hambre —le dijo él entre bocado y bocado.

—¿Trabajas mucho en ese sitio?

—Acabo reventado, Ari.

Ella sonrió y después le dio un trago a su jarra de sangría.

—Es lo que tiene ser pobre —añadió él.

—Prefiero ser pobre y no rendir cuentas a nadie que estar en mi situación.

—Ya te dije anoche que tu situación tiene fácil solución.

—No quiero irme —le contestó ella haciendo referencia a la solución que le dio Rodrigo la noche anterior: irse a estudiar fuera.

—¿Por qué? Así no estarías tan asqueada.

—Porque no —le dijo ella tajante.

Ari quería ser libre, sí. Pero no lejos de allí, no después de conocer a Rodrigo, aunque fuesen solo unos días.

Por fin tenía a alguien que no pensaba como todo su círculo social, alguien con quien ser ella misma, sin filtros, sin máscaras, sin poses.

—Todavía tienes tiempo para pensarlo —le dijo él.

—Eso es —asintió ella.

Rodrigo le sonrió.

La hora y cuarto que tenía de margen para estar con él se pasó demasiado rápido. Ese cuarto de hora era el tiempo que tardaba de casa al instituto andando, así que no tenía que inventar una excusa para aquellos minutos de más.

—La próxima vez quiero más tiempo —le advirtió él a una manzana de casa de Ari.

—La próxima vez avísame con tiempo y podré mentir mejor —le contestó.

—Quiero seguir viéndote, Ari, pero no quiero que tengas problemas por mí.

Ella negó con la cabeza, acercándose a él. Ya podía sentir la electricidad.

—No pienses en eso —le dijo ella, más cerca de lo que Rodrigo esperaba.

Él tragó saliva.

—Tengo que irme —le dijo ella girando sobre sus talones para emprender el poco camino que le quedaba hasta casa.

—Espera —le dijo él agarrando su mano.

Acercó su rostro al de ella y volvió a inhalar aquel perfume.

Buscó su oído y le susurró:

—Háblame luego.

Después le dio un beso más largo de lo normal en la mejilla y la dejó marchar.

Cuando Ari llegó a casa, con el corazón trotando dentro de su pecho, se fue directa a la habitación.

Por suerte, sus padres estaban durmiendo en la habitación.

El móvil le vibró en la mano y se sentó en la cama antes de leer el mensaje nuevo que tenía en el WhatsApp.

Rodrigo no pudo esperar a que ella le hablase.

Un enlace de Youtube para escuchar una canción.

*Amigos de Funzo y Baby Loud.*

*Serás mi reina, te haré feliz, pero antes baila conmigo.*

7.

*No te preocupes, besaré primero.  
Maldita Nerera - ¿No podemos ser agua?*

Cuando Rodrigo llegó a casa con la intención de descansar después de su jornada laboral matutina, pues tenía las tardes libres, se encontró con una visita inesperada en el portal de su casa.

—¿Davinia? ¿Qué haces aquí? —le preguntó sorprendido.

Davinia era su ex novia. Rodrigo había roto la relación unos meses atrás, pero nunca zanjaba el asunto con ella. Siempre acababan viéndose a menudo y haciendo que hubiera más que palabras entre ellos.

—Me apetecía verte —le respondió ella.

Rodrigo suspiró. A él no le apetecía verla. Era tan distinta a Ari...

Incluso en el físico, a pesar de que Davinia era muy guapa. Su pelo rubio y sus ojos color chocolate le volvieron loco cuando la conoció, pero eran otros ojos los que en ese momento le comían el seso.

No, no le apetecía verla, pero había llegado con el pecho inflado de ilusión por aquella cita con Ari. Estaba contento, se sentía bien.

Pensó que quizá sería un buen momento para hablar de buenas maneras con Davinia y zanzar por fin el asunto con ella.

—Sube —le dijo moviendo la cabeza hacia la izquierda, justo donde se encontraba el portal de su casa.

Sabía que estarían solos, pues su amigo Joel trabajaba por las tardes en una cafetería.

Davinia dejó su bolso en la mesita de la entrada cuando se adentró en el piso de Rodrigo y se dirigió al salón.

—¿Qué quieres? —le preguntó él.

—Qué seco, ¿no?

—Es que, Davinia, esto no...

Pero ella no le dejó explicarse, no le dejó pronunciar ni una palabra más.

Le besó en la boca y Rodrigo no se apartó.

Dejó que lo besara, dejó que saboreara sus labios y él hizo lo mismo con los de ella.

Se quitaron la ropa lentamente mientras caminaban hacia la habitación de Rodrigo y se tumbaron en la cama.

Y allí, al verla tan solo con la ropa interior, decidió que sería la última vez.

Aquello era una despedida.

Acarició su piel imaginando que era la de otra, besó su cuerpo como si fuera el de otra y la penetró formando la cara de otra en su cabeza.

Después, el móvil de Rodrigo, el cual sacó de sus pantalones mientras se desnudaban y lo colocó sobre la mesita de noche, vibró.

Un mensaje.

Ari.

“ A lo mejor te suena a locura lo que voy a decirte... Quizá salgas corriendo después de esto, pero necesito soltarlo y solo te tengo a ti para hacerlo”.

Él tragó saliva a la par que miró a Davinia, quien permanecía tumbada en la cama, tapada con las sábanas con los ojos cerrados y una expresión placentera en la cara.

“¿Qué pasa?”, le respondió.

Ella tardó un par de minutos en contestar, tiempo que a Rodrigo se le hizo eterno.

“Creo que me gustas mucho, Rodrigo. Sé que esto es mejor decirlo en persona, pero el rato que he pasado contigo se me ha hecho demasiado corto”.

El rato y, también, el tiempo que se conocían. Apenas llevaban una semana hablando.

¿Aquello podía ser posible? ¿Era viable sentir las ganas que ambos sentían de verse a cada momento desde la noche del sábado en la Penélope?

Quizá sí existían los flechazos y aquello se trataba de uno de ellos.

Rodrigo sintió su corazón latir fuertemente bajo su pecho y tragó saliva.

“No me parece ninguna locura”, le contestó.

Ari, tirada en su cama, se sintió decepcionada tras esa contestación y casi sintió cómo las lágrimas inundaban sus ojos.

Se había precipitado. Lo había asustado. Seguro que eso era lo que había sucedido, pero no había podido evitar hacerlo.

Rodrigo, en su casa, pensaba las palabras adecuadas para seguir

contestando a aquella declaración.

Cuando pensaba que no podía sorprenderlo más, ella lo hacía.

Y eso era lo que había sucedido, se había quedado perplejo a la par que contento por aquello, pues él sentía lo mismo, pero no sabía cómo proceder y menos después de lo que acababa de pasar entre Davinia y él.

“Invéntate algo, necesito verte esta tarde”, le pidió al fin.

Ari, sin saber muy bien si aquello era bueno o malo, accedió a la petición de Rodrigo.

“Okavango a las 18:00”, le contestó.

Rodrigo leyó el mensaje y le envió un emoticono del pulgar hacia arriba y un corazón rojo.

—Davinia...

Ella suspiró.

—¿Con quién te mensajeas?

—Con un colega del curro.

—Ah.

—Escucha...

—¿Qué? —le preguntó al tiempo que se giraba hacia él y se quedaban cara a cara.

—Esto ha terminado aquí. Vístete y vete.

Ella se incorporó de golpe, dejando a la vista su desnudez, la cual Rodrigo quiso ignorar mirando hacia otro lado.

—¿Cómo dices?

—Me has oído perfectamente —le dijo levantándose enrollado entre las sábanas—, no me hagas echarme, por favor te lo pido.

Davinia, enrabieta y sin entender nada, se vistió rápidamente y se marchó dando un portazo.

Rodrigo se pasó las manos por la cara una vez se hubo ido ella de su casa. No se sentía bien con lo que acababa de hacer.

Pero tenía claro que aquello no saldría de ahí.

Ari le había dicho que le gustaba y él, a las seis en punto de la tarde, pensaba demostrarle lo que sentía.

Cuando se acercaba la hora, Ari se cambió de ropa con nerviosismo. Se puso unos vaqueros pitillos negros y un jersey gris de lana anchito. Encima, una chaqueta vaquera y las zapatillas Nike. Se recogió el pelo en un moño y se

hizo con la mochila del instituto y su carpeta de apuntes, la cual llevaba agarrada con un brazo.

—Mamá, me voy a la biblioteca, quiero empezar ya a estudiar los exámenes.

—¿Vas con Estefanía?

—No, mamá, prefiero ir sola porque así no me desconcentro.

—¿Tardarás mucho?

—Mamá, no lo sé.

—Vale, vale, ten cuidado, cielo. Y estudia mucho.

Ari le dio un beso en la mejilla con dejadez y salió de su casa.

Una vez se vio en la calle, conectó los auriculares a su teléfono móvil y se sumergió en unas de las canciones del grupo Maldita Nerea.

Necesitaba relajarse y con la voz de Jorge, el cantante, siempre lo conseguía.

Maldita Nerea - ¿No podíamos ser agua?

*Aunque me canse y vengan miles de días grises o mis palabras quieran rendirse ante la lluvia en el cristal. Me suena grande, los imposibles también existe, son los que hoy me hacen decirte que la fiesta empiece ya.*

## 8.

*Yo no sé si se puede querer más fuerte.  
Maldita Nerea – En el mundo genial de las cosas que dices.*

Cuando Rodrigo estaba subiendo los peldaños que ascendían a la Plaza de España desde la Avenida de la Libertad, en el centro de San Vicente, divisó a Ari de pie, esperando junto a la fuente que había en medio de la Iglesia y del Okavango, donde habían quedado.

Se acercó a ella a grandes zancadas y Ari, al verlo, se tensó. Las piernas comenzaron a temblarle con fuerza y pensó que en cualquier momento le fallarían y se caería al suelo.

Tragó saliva conforme él se iba acercando y cuando lo tuvo delante por fin, las palabras se le atropellaron al salir de su boca:

—Sé lo que vas a decir... te prometo que dejaremos de vernos si es lo que...

Se calló porque Rodrigo la agarró de una de las manos y la atrajo hacia él.

—Cállate, desastre.

Y la besó.

Y ambos pudieron sentirlo, el avispero estallando en sus estómagos, las ganas contenidas desde aquel sábado en la Penélope, tras el choque dentro de la discoteca, tras la corriente eléctrica en los dedos de la mano de él y en la espalda de ella.

Se sintieron con los labios, con la lengua, con el sabor de ambos impregnado en sus bocas.

Ari se separó unos centímetros.

—No quiero equivocarme.

—Yo tampoco —le respondió él conteniendo la respiración.

—Sé que, en el fondo, lo estoy haciendo.

—No digas eso, Ari...

Ella temblaba, él tenía miedo.

—Me gustas mucho, Rodrigo.

—Entonces cállate de una vez y sigue besándome, no te imaginas cómo me he contenido antes.

Ella sonrió y calmó su súplica.

Después, se tomaron un refresco en aquel lugar que empezó a tener un significado especial para ambos.

¿Nunca has escuchado eso de que cuando más le prohíben algo a alguien, más ganas tiene de probarlo?

Aquello era exactamente lo que a ellos les pasaba.

Y no, nadie sabía de la existencia de esas conversaciones, de esos besos y de esas quedadas clandestinas, nadie les había prohibido verse por el momento, pero ambos sabían que pertenecían a mundos distintos, incompatibles. Y que nadie vería con buenos ojos lo que hicieran.

Y ellos, entregándose a aquello que sabían que estaba mal, gozaban del comienzo de algo que les acabaría quemando, que les mataría por dentro a pesar de todo.

Se besaron sentados alrededor de una de las mesas del Okavango mientras tenían las manos entrelazadas.

Más tarde, Rodrigo acompañó a Ari hasta la manzana anterior a su urbanización mientras ella tarareaba una canción.

—Cantas fatal, ¿lo sabes? —le dijo él carcajeándose.

—No canto, tarareo —le reprendió ella.

—Aun así lo haces mal —le dijo él para después darle un beso en la frente y atraerla hasta su cuerpo, rodeándola con un brazo.

—¿Cuál es? —le preguntó con curiosidad.

—*En el mundo genial de las cosas que dices* de Maldita Nerea.

—¿Todavía escuchas ese grupo?

—Escucho de todo, necesito escuchar música todos los días.

—Vaya, otra cosa nueva que aprendo de ti hoy. Eres melómana.

Ella sonrió.

—Y las que te quedan.

Pararon en una esquina, ahí debían separarse.

—¿Luego hablamos? —le preguntó él.

—Por supuesto —le contestó Ari sonriéndole.

—Ven aquí —la agarró Rodrigo de nuevo para volver a besarla.

Y así, besándose, cayendo en lo prohibido otra vez, pensando que nadie habría podido descubrir aquellas dos escapadas clandestinas, se sintieron

libres a pesar de formar parte de aquel secreto.

Qué equivocados estaban ignorando que estaban siendo observados.

## 9.

### *Fuimos dos equivocados.*

#### *Maldita Nerea – Por el miedo a equivocarnos*

¿Alguna vez te has sentido observado? ¿Has tenido esa sensación de picazón en la nuca cuando unos ojos te miran desde atrás? Se siente, ¿verdad?

Es como si invadieran tu intimidad con solo un movimiento de pestañas, con la pupila fija en tu persona y estudiando todos y cada uno de tus movimientos.

Hacía un mes que Ari tenía esa sensación tan extraña como incómoda. En todos lados, en la clase, en los pasillos del instituto y en cada uno de los lugares a los que iba con Rodrigo. Sobre todo, cuando estaba con él.

Noche tras noche le costaba conciliar el sueño pensando en la posibilidad de que alguien pudiera estar al tanto de su relación con Rodrigo a pesar de que se dormía tarde y se levantaba más temprano de lo habitual intentando sacar buena nota en los finales del segundo trimestre, poder fingir que seguía su vida normal de antes con Tefi, ya que Lalo seguía sin hablarle, y también delante de su familia y, por supuesto, mantener una vida paralela a solas con Rodrigo, con quien cada minuto que pasaba estaba mejor.

Rodrigo la hacía sentir libre, guapa, poderosa. Se sentía importante guardando ese secreto. Se sentía distinta a toda la gente que la rodeaba y sabía que era mucho más feliz que cada uno de ellos a pesar de tener que ocultárselo al mundo.

Se veían casi todos los días de la semana, y Ari había aprendido a mentir porque, fingir, lo aprendió desde que tuvo uso de razón y se dio cuenta de que la vida que le estaban dando no era la que ella quería.

Quería conocer todo tipo de gente, todo tipo de cultura, quería aprender idiomas, trabajar en lo que le apasionase y casarse con quien ella eligiera, de quien estuviera enamorada, y no con el hijo del cualquier socio de su padre solo para formar parte de la farmacéutica por entero.

Rodrigo le había dado lo que tanto ansiaba: ser ella misma sin miedo a que

la juzgasen.

Por eso estaba con él, por eso se veían a escondidas, a pesar de que tuviese aquella sensación cada vez que salían.

Pero, justo el día que tenían que recibir las notas del segundo trimestre en el instituto, Ari se enteró de quién era aquella persona que posaba sus ojos en ellos.

Se encontraba en el pasillo donde estaba situada su aula, esperando a que la llamasen para coger el boletín de notas junto a Tefi, apoyadas en las taquillas.

—¿Podemos hablar?

Ari no se lo esperaba, no después de tanto tiempo.

Suspiró y se dirigió a Tefi:

—Todavía queda media clase hasta que me llamen, pero si tardo demasiado dile a la tutora que entraré la última.

Tefi asintió y Ari le siguió hasta los lavabos.

—¿Qué quieres? —le preguntó una vez dentro con cara de pocos amigos y los brazos cruzados sobre el pecho.

—Vaya, qué desagradable...

—Lalo, no tengo ganas de tonterías... pídemme disculpas y asunto zanjado.

Lalo soltó una carcajada rancia.

—¿Disculpas, yo?

—Sí.

—No tengo porqué, creo que es más bien al contrario.

—Yo no tengo que pedirte perdón por pensar como pienso, porque mi manera de ver las cosas es sana, la tuya es un poco enferma...

—¿Lo ves? Lo has vuelto a hacer.

—¿El qué?

—Faltarme el respeto.

Ari volvió a suspirar de nuevo, no le apetecía en absoluto seguir hablando con Lalo y estaba comenzando a perder un poco la paciencia.

—Paso de esto... —le dijo acercándose a la puerta de salida.

Lalo chistó tres veces al tiempo que negaba con la cabeza y la cogía de una de las manos.

—La conversación todavía no ha empezado.

—¿A qué esperas, entonces? Tengo prisa.

—¿Has quedado con Rodrigo, verdad?

Ari palideció.

—¿Qué?

—No te hagas la sorprendida, llevas semanas viéndote con él a escondidas. ¿Lo sabe Tefi? Lo dudo.

—¿Me estabas espiando? ¡¿Pero tú de qué vas?!

—Shhh —le puso un dedo sobre los labios—, yo de ti no gritaría, no querrás montar un espectáculo, ¿cierto?

—¿Qué quieres? ¿Qué pretendes diciéndome esto?

—No me gusta ese tío... ¿Sabes que fue él quien me dio aquel golpe en la nariz?

—Te lo merecías.

—¡Lo sabías! ¡Lo sabías y te lo has callado!

—Claro que lo sabía.

—¿Por qué no has dicho nada? ¡Eso es denunciable!

—Porque me repugnas, Lalo.

—¿Yo te repugno? ¿Y esa chusma de tío no? —la interrumpió Lalo. — Claro, fijo folla de lujo para que te calles como una pu...

Ari le soltó una bofetada.

—Ni se te ocurra continuar.

—No te reconozco, Ari.

—Entonces es que nunca me has conocido.

—Quiero que lo dejes.

—¿Perdona?

—Me has oído perfectamente.

—No pienso hacer nada de lo que me pidas.

—¿No? Qué pena entonces... un amor tan bonito viéndose truncado por la cárcel...

Ariadna se rio.

—¿Qué cárcel? ¿Por un puñetazo?

—Un puñetazo, una paliza... antecedentes por tráfico de cocaína, speed...

—Eso es mentira.

—Lo sé, pero, ¿acaso te has olvidado de quién es mi padre?

No, Ari no se olvidaba de quién era el padre de Lalo. Uno de los socios de la farmacéutica, podrido en dinero, con un hermano juez y muchas influencias.

Le tembló el labio inferior y sus ojos amenazaron con aguarse de lágrimas.

Lalo era despreciable.

—¿Qué ganas tú con que yo lo deje?

—Esa no es la cuestión. La cuestión es... ¿Qué ganas tú dejándolo y alejándote de él? Me preocupo por ti, Ari —le dijo acariciándole la mejilla, gesto que Ari despreció echándose a un lado.

—Piénsalo. Ya no te sentirás observada, ni estarás en riesgo de tener problemas con tu familia o armar un escándalo por ello. De paso, Rodrigo tendrá un expediente judicial limpio porque me callaré que fue él quien me golpeó.

Ari le miró con furia y asco al mismo tiempo.

¿Acaso tenía otra alternativa?

—Y... —añadió Lalo acercándose más a ella—si te sientes sola... siempre me puedes llamar.

—Que te jodan.

Ari salió de los lavabos y volvió a aquel pasillo al lado de Tefi intentando disimular su malestar todo lo que pudo.

Cogió sus notas y se fue a casa sin darle a Tefi ningún tipo de explicación, dejándola totalmente perpleja.

Cuando llegó, se tiró en su cama con un nudo en el estómago que se dividía entre tomar una decisión u otra.

Conectó sus auriculares en el teléfono móvil y buscó la lista de uno de sus grupos favoritos.

*Por el miedo a equivocarnos de Maldita Nerea.*

*No quiero que insistas, prefiero esta vez encontrarte inundando mis ojos,  
esperando a que pase,  
a que caigamos otra vez.*

*Y solo digo que, nunca quise hacer daño,  
pero todo se nos fue y aunque ahora somos como extraños, yo jamás te  
olvidaré.*

## 10.

*Vamos dando saltos sin tener un norte.*

*Beret - Cóseme*

Aquel día le daban las notas a Ari y Rodrigo estaba preocupado.

Habían pasado un mes increíble.

Con la rutina de clases, Ari podía poner excusas para poder salir y verse a escondidas fingiendo que iba a la biblioteca a estudiar o a hacer algún trabajo.

Según ella, su mejor amiga, Tefi, no sabía nada de aquellas quedadas clandestinas y todavía no había estallado el secreto de su relación, por lo que Rodrigo suponía que la cosa iba bien y, que las mentiras que Ari soltaba por su boca a la gente de su entorno, todavía no tenían las patas tan cortas como para ser descubiertas y que el secreto saliera a la luz.

No obstante, tenía un mal presentimiento.

No solo estaba preocupado porque su chica hubiera bajado su impecable rendimiento y que su familia sospechase de algún cambio que produjera aquello, sino que notaba cada vez más fuerte la sensación de que algo malo iba a suceder y no entendía por qué.

Estar con Ari era maravilloso. Habían pasado un mes entre besos, caricias y manos entrelazadas.

Incluso Joel sabía de la existencia de su relación. Ari había visitado su casa con frecuencia y todo iba genial.

¿Entonces por qué se sentía así? ¿Por qué esperaba aquel mazazo?

Llevaba toda la mañana sin mirar el móvil y, por lo tanto, sin saber nada de ella.

El trabajo le había mantenido tan ocupado que ni siquiera había podido almorzar aquel día.

Así que, cuando por fin llegó a casa con el casco de la moto en la mano, se sintió aliviado de tener un respiro para poder revisar sus mensajes.

Ahí estaba. Como siempre, el primero de todos.

“Tengo que verte, ha pasado algo. Tenemos que hablar”.

Y, ahí estaba también, el mazazo que había estado esperando.

“¿Estás bien? No me preocupes, por favor”, le contestó.

Pero Ari no le contestó a eso, simplemente lo citó esa misma tarde en el Okavango.

Rodrigo suspiró y, después de decirle que acudiría a aquella cita, decidió no preguntar más.

Se había quedado bastante preocupado, pero en el mes que había estado conociéndola, sabía que Ari llevaba mal sentirse presionada para contar las cosas, era mejor dejarla y darle el tiempo que ella necesitase para hacerlo y, cuando ella se decidiera, estar ahí.

En unas horas la vería, así que pronto sabría qué era aquello que había sucedido.

Se preparó algo rápido para comer, se dio una ducha que no consiguió destensarle los músculos y, después de medio paquete de cigarrillos acompañado de unos nervios que no le dejaban siquiera ver los deportes en el televisor, se lavó los dientes, cogió la cartera, el casco y las llaves y se marchó hacia el lugar de su cita.

Ari decidió esperarlo en la fuente de enfrente de la Iglesia mirando hacia las escalerillas que bajaban hacia la Avenida de la Libertad, justo donde un mes atrás, se dieron el primer beso.

Tenía el estómago revuelto y le temblaban y sudaban las manos a partes iguales.

Pero aquello no podía dejarlo pasar demasiado tiempo porque, de lo contrario, sería fatal para todos.

Si algo había aprendido en aquel mes junto a Rodrigo, era a querer, a querer de verdad.

—Hola, ojazos...¿Qué pasa? Me has dejado un poco pillado con los mensajes...

Rodrigo se acercó para besarla, pero Ariadna se apartó.

—No hagas eso.

Él paró en seco.

—¿El qué? ¿Besarte?

Ari asintió con la cabeza.

—¿Por qué? ¿Acaso no puedo besar a mi novia?

—De eso quería hablarte...

A Rodrigo le cambió el semblante y se cogió con dos de sus dedos el puente de la nariz.

—¿Qué pasa?

—¿Tomamos algo y hablamos?

—No. ¿Qué pasa?

Ari tragó saliva.

—Esto tiene que acabar.

Rodrigo se quedó mudo y el estómago le dio un vuelco.

—¿Cómo?

—Tenemos que dejarlo aquí, Rodri...

—¿Me estás dejando, Ari?

Ella agachó la cabeza y asintió levemente.

—¿Hay... Hay algo que he hecho mal? ¿Te ha molestado algo? Creía..., creía que...

Ari hizo un gesto con la mano para que guardase silencio.

—Escúchame bien, no quiero repetirlo dos veces, bastante me está costando esto. No has hecho nada mal, nunca harías nada mal para mí. Conocerme, estar contigo estas semanas, ha sido lo mejor hasta ahora... No eres tú.

Rodrigo arqueó una ceja.

—No me vengas con “No eres tú, soy yo” porque eso conmigo no va, Ariadna. No soy un pijo estúpido como la gente de la que te rodeas... No me lo trago. Ve al grano —le pidió con el casco de la moto temblándole en una de sus manos.

Sentía el pulso acelerado y un sudor frío le recorría la espalda.

—Me han pillado.

—¿Quién?

—Lalo.

—¿Quién?

—Mi amigo Lalo... es un gilipollas, ya le conoces, casi le partes la nariz en la Penélope.

Esta vez Rodrigo sintió un vuelco en el pecho.

—¿Cómo dices? Ari... no me jodas.

—Rodri...

—No —le dijo al tiempo que giraba sobre sus talones y se daba la vuelta, decidido a volver a su casa.

—Rodrigo, espera...

—¿Qué quieres que espere, Ari? ¿Estás con él? ¿Es eso?

Ari abrió mucho los ojos, asombrada.

¿Estar con Lalo? ¿Ella?

—¿Pero qué estás diciendo? ¿Tú te escuchas?

—Quieres estar con él, te has dado cuenta de toda la mierda que puede haber detrás de lo nuestro con tu familia y todos los idiotas que te rodean...

¿Por eso te callaste? ¿Qué querías? ¿Tenderme una trampa?

—¿Qué? ¡No!

—¿Entonces por qué te callas, Ari? ¿Por qué no me lo dijiste? Creía que confiabas en mí, creía que conmigo te sentías como siempre has querido. Te he dado libertad. ¿No es eso lo que siempre dices?

—Y lo sigo diciendo.

—Paso de esto, Ari. Paso de ti —le dijo con la voz quebrada y echando a andar.

Ari corrió detrás de él, pues se había quedado ahí plantada ante sus palabras y él, con grandes zancadas, se había alejado lo suficiente.

—Espera, por favor. No es lo que tú crees.

Rodrigo suspiró.

—Cuéntamelo entonces.

Ari asintió al tiempo que tragaba saliva y se sentaron en un banco de la Avenida de la Libertad.

Después de relatarle todo lo sucedido, Rodrigo la entendió algo mejor.

—¿Estás loca?

—Yo te quiero, Rodrigo. Aunque me haya callado que Lalo era mi amigo y que podían haberte echado del trabajo por él. Y si me lo callé es para que no me tachases igual que a él solo por ser amigos.

¿Qué querías que hiciera? Sé que Lalo es capaz de hacer todo lo que me ha dicho y de más, si me apuras.

—Que me denuncie si es lo que quiere. Que lo haga, pero yo no me pienso separar de ti porque un niñato de mierda tenga ese antojo —le contestó cabreado.

—No sabes lo que dices...

—Sé lo que quiero—le dijo firmemente mientras cogía la cara de Ari entre sus manos—, y te quiero a ti.

El avispero otra vez en su estómago.

—Tengo miedo.

—Siempre lo hemos tenido, los dos. ¿Acaso nos ha impedido sentirnos bien el uno con el otro?

—Pero el padre de Lalo...

—Ari, el padre de Lalo puede comerme la polla si quiere. Yo voy a estar contigo, quiero estar contigo.

—Rodri, yo...

—Te quiero, Ari, y eso no puede cambiarlo ningún juez.

Y así, entre los acordes y los versos cantados de una canción que Rodrigo puso en su teléfono móvil, se besaron con más ganas de las que esperaban.

*Cóseme de Beret.*

*Sólo dime cuando, no me digas dónde,  
miraremos juntos el mismo horizonte.  
Vamos dando saltos, normal que me importe,  
si te estoy buscando y ahora en mí te escondes.  
Sólo dime bien, si me quieres cuánto,  
porque ya no sé,  
dices no es pa' tanto, pero pa' mi lo es.  
Y ahora, dime,  
¿salto o me quedo en tu piel?*

## 11.

### *Pensando en ti frecuentemente.*

*Abraham Mateo, Farruko, Christian Daniel – Loco enamorado.*

Ari llegó a casa con sentimientos encontrados. Por una parte, estaba contenta y se sentía tranquila al quitarse de encima el lastre de no guardar por más tiempo el secreto de que ella era la única conexión entre Lalo y Rodrigo; por otra, en algún lugar de su interior, albergaba nerviosismo al no haber roto su relación con Rodrigo.

Sabía que Lalo conseguía todo lo que quería si se lo proponía, y estaba segura de que seguiría espiándola para comprobar que había hecho caso a su chantaje.

Cuando Lalo se enterase de que Ari no había hecho lo que debía, lo echaría todo a perder.

Pero, por lo menos, Rodrigo estaba avisado.

—¿Dónde estabas? —su madre la sorprendió en el pasillo.

—Dando una vuelta con unas amigas.

—Estefanía no estaba contigo. —Y no fue una pregunta.

—Ya, son unas compañeras de una de las clases que no compartimos.

Su madre asintió, si bien poco convencida.

—¿Y las notas? Cuando has llegado estaba haciendo la siesta y cuando me he despertado ya no estabas para preguntarte.

Ari fue a su habitación, donde tenía las notas encima de su escritorio.

Cuando se las tendió a su madre se preparó mentalmente para la reprimenda.

Ni siquiera las había mirado, había salido escopetada del instituto y las había arrugado para después meterlas en un bolsillo de su chaqueta.

Después las sacó y las dejó tal cual sobre su mesa de estudio.

No obstante, sabía de sobra que aquel trimestre el adjetivo “impecable” no calificaba sus resultados.

—Ariadna, por Dios...

Ahí estaba.

—Mamá, es muy difícil...

—Siempre ha sido difícil, y siempre has conseguido un expediente de diez. ¿Tienes idea de lo que bajará tu media con estas calificaciones?

—Mamá, no son tan malas... Tengo dos sobresalientes, algunos notables y lo demás bien.

—Ariadna, ¿qué te pasa?

—¿Qué? ¡Mamá, nada! Ya te he dicho que nos han metido mucha caña este trimestre.

Su madre no dijo nada, pero la forma de mirarla se lo dijo todo.

—Solo espero una media más alta en el próximo trimestre que, además, es el último. ¡De ti depende hacer la selectividad!

Ari puso los ojos en blanco y se marchó a su habitación.

Necesitaba estar sola, pero también quería hablar con Tefi, así que eligió estar sola, pero con ella.

Necesitaba hablarle de algo y Tefi tenía que escucharla, así que le mandó un mensaje a su teléfono móvil y en media hora la tuvo ante ella en su dormitorio.

—¿Dónde te has metido después de las notas? Me has dejado muy sorprendida...

—Tengo que contarte algo, Tefi.

—Ariadna, no me asustes...

—A lo mejor necesito que me ayudes.

—¿Ayudarte a qué?

Ari le relató que llevaba un mes viéndose a escondidas con Rodrigo, que le quería y que se había visto incapaz de acceder al chantaje que le había hecho Lalo. Como también que había sido él quien le había dado aquel puñetazo en la nariz.

El color de la cara de Tefi cambiaba paulatinamente conforme las palabras de Ari avanzaban en su relato.

Al final, se le quedó con un color blanquecino.

—¿Me has estado mintiendo durante un mes? ¿A mí? ¿A tu mejor amiga?

—Tefi, no ha sido queriendo... ¿Qué querías que te dijera?

—Pues todo lo que me has dicho ahora, por ejemplo.

—Me daba miedo tu reacción.

—¿Y cómo quieres que reaccione? ¿Te aplaudo y te doy una palmadita en

la espalda por lo bien que lo has hecho?

—Dijiste que te importaba mi felicidad.

Tefi asintió.

—Pues con Rodrigo soy feliz, Tefi. Me hace sentirme...

—Libre —la interrumpió su amiga.

—Sí.

Tefi suspiró.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—Lalo es capaz de todo y, cuando se entere, hará lo que sea con tal de meter a Rodrigo en problemas y también se lo contará a mis padres.

Necesito que lo impidas.

—¿Yo? ¿Y cómo puedo hacer eso yo?

—No lo sé, Tefi. Algo se te ocurrirá, siempre te has entendido con Lalo mejor que yo.

—Eso es cierto.

—Y tienes que prometerme que esto no se lo contarás a nadie. Necesito que protejas a Rodrigo de Lalo porque, en el caso de que mis padres se enteren, de ellos me encargo yo.

—Ari...¿Tú estás segura de esto?

—Totalmente.

—De acuerdo. Tengo que marcharme, mi madre me ha prometido comprarme ropa por mis buenas notas. Por cierto, ¿qué tal las tuyas?

—Un poco desastre...

—¿Y tu madre no ha sospechado?

—Sí, pero me he excusado en la dificultad y bolas como esa.

Tefi se rio y negó con la cabeza, pensando que su loca amiga no cambiaría nunca.

Le dio un beso en la mejilla y se marchó a su casa dándole vueltas al asunto de cómo convencer a Lalo para que dejase a Rodrigo en paz.

No estaba de acuerdo en lo que su amiga estaba haciendo pero, como bien le dijo, la quería y quería su felicidad.

Al rato de haberse marchado Tefi, Ari notó vibrar su teléfono móvil sobre la mesita de noche.

“Ya te extraño”, le había escrito Rodrigo en un mensaje.

Sonrió y sintió su corazón latir fuertemente en su interior.

Vibró de nuevo.

“Toda una vida yo buscándote”, le escribió de nuevo, seguido de un enlace de Youtube de una canción.

*Loco Enamorado* de Abraham Mateo, Farruko, Christian Daniel.

*Sabes que soy yo, quien te da calor,  
yo sé que conmigo tú la pasarás mejor.  
Sabes que soy yo, quien te hace perder el control,  
quiero bailar contigo hasta la última canción.*

## 12.

### *Lo que siento es más grande que cualquier sentimiento.* *XRIZ – Para siempre*

A pesar de la constante vigilancia de su madre, Ari consiguió escabullirse prácticamente todos los días de vacaciones de Semana Santa para verse a solas con Rodrigo.

Después de lo de Lalo, acudía a casa de Rodrigo cada vez que decidían verse.

Se sentía bien allí, incluso había hecho muy buenas migas con el mejor amigo y compañero de piso de su chico, Joel.

Se llevaban como hermanos, chinchándose mutuamente cada vez que se veían.

Uno de esos días, mientras en la cama de Rodrigo se besaban y hacían bromas con una de las canciones preferidas de Ari de fondo, Rodrigo le propuso algo diferente.

—¿Una acampada? —le preguntó Ari sorprendida.

—Sí, tengo unos días libres en el curro y coinciden con los de algunos colegas. Joel ha cogido vacaciones en la cafetería también. Vamos, Ari, son las vacaciones de Semana Santa. Me apuesto lo que sea a que nunca has ido de acampada.

—Pues no, nunca he ido de acampada, pero...

—¿Pero qué? ¿Te da miedo la oscuridad? ¿Los bichos? Vamos, nena, lo pasaremos bien. Será por aquí cerca, vamos a alquilar una furgó para llevar las tiendas y los sacos. Habrá alcohol, música, carne a la brasa y me tendrás a mí por entero. ¿Qué más se puede pedir?

Ari pensó que Rodrigo tenía razón. Con ese fantástico plan, ¿qué más podía pedir ella?

Le sonrió.

—Tendré que pensar algo para decirle a mis padres.

—¿Por qué no le dices a tu amiga Tefi que venga?

—¿A Tefi? Estás loco.

—¿Por qué?

—Tefi es muy miedosa, odia el campo y los bichos. Además, no creo que quiera taparme esta vez.

—¿Os habéis peleado?

—No, pero le he pedido un favor gordo.

Rodrigo se incorporó para mirarla, pues estaban ambos tumbados en la cama, con la cabeza sobre la almohada y las piernas entrelazadas.

—¿Qué clase de favor?

—Le he contado lo nuestro y también lo de Lalo.

—Ari... ¿No se irá de la boca?

—No, Tefi nunca me haría eso.

—¿Qué le has pedido entonces?

—Que hable con Lalo para que mantenga la boca cerrada y no nos cause ningún problema.

—¿Y crees que va a acceder? Que no es que le tenga miedo, ya sabes que me la suda ese tío y todo lo que pueda hacer contra mí, pero...

—Tefi se las arreglará.

Rodrigo asintió.

—¿Entonces vendrá?

—Se lo preguntaré.

—Esa es mi chica —le sonrió al tiempo que le revoloteaba su pelo rizado, el cual llevaba suelto aquel día.

—¡Para! —le cogió ella la mano carcajeándose. —Escucha la canción, que te la dedico.

Rodrigo la besó y puso la canción de nuevo.

*Para Siempre de Xriz.*

*Si miro al cielo en la noche veo tu silueta,  
las estrellas forman tu cara con un hermoso destello.  
Miro el reloj y es un tic-tac muy lento,  
quiero que pare el tiempo, pero solo si estás aquí, amor.*

## 13.

### *Así mismo lo quiso el destino. Maluma ft Shakira - Clandestino*

A Ari le costó mucho convencer a Tefi para que fuese a la acampada, pero finalmente se vieron comprando juntas unos sacos de dormir en una tienda de deportes.

Aunque a Tefi no le hacía ninguna gracia mezclarse con esa clase de gente, no se lo había dicho a su amiga y, tenía que admitir, que en el fondo sentía curiosidad por conocer más a Rodrigo. Quería descubrir qué tenía para volver tan loca de amor a su amiga.

Así que accedió y se mentalizó para pasárselo bien a pesar de que la compañía no la agradase del todo.

Al fin y al cabo, solo conocía a su amiga de todas las personas que irían.

Si bien, no eran muchas: ellas dos, Rodrigo, su amigo Joel y tres amigos más de los chicos.

Rodrigo las informó de todo lo que tenían que llevar como el saco, ropa cómoda y algunas mantas, ya que de lo demás se encargaban ellos.

Cuando salieron de comprar los sacos de dormir, repasaron de nuevo el plan.

Se habían adelantado a comprar los sacos antes de pedir permiso a sus padres, pero sabían de sobra que tendrían su aprobación para ir aquella noche si les decían que irían a la casa de campo de Alicia Fuertes, una chica del instituto, a hacer una fiesta de pijamas.

Así que, una vez salieron de la tienda de deportes y emprendieron el camino de vuelta a casa, repasaron en voz alta lo que tenían que decir a sus padres.

Después de pedirles permiso, tal y como preveían, lo obtuvieron y se mandaron un mensaje al teléfono móvil la una a la otra para darse mutuamente el visto el bueno y decidir la hora en la que se verían en el portal.

A la hora pertinente, se encontraron ante el edificio en el que ambas vivían

y anduvieron hasta la manzana donde Ari y Rodrigo solían despedirse al principio de su relación.

Al poco tiempo de llegar, divisaron una furgoneta de color verde con Rodrigo al volante y Joel de copiloto.

Rodrigo hizo sonar el claxon un par de veces y estacionó en un hueco libre.

Se bajó contento de la furgoneta seguido de Joel y saludó a su chica con un beso en los labios.

—Rodri, te presento a Tefi. Tefi, este es Rodrigo.

Rodrigo se acercó a ella para darle dos besos y, Tefi educadamente, se los devolvió.

—Creo que ya nos conocemos —añadió.

—Aquello fue muy frío, Tefi...—le dijo Rodrigo sonriendo.

—¿Preparadas para la fiesta?

Joel le revolvió el pelo a Ari y le dijo su nombre a Tefi, quien no entendió porqué se sonrojó ante el amigo de Rodrigo.

—Vamos, subid, nos están esperando.

—¿Dónde vamos? —le preguntó Ari a Rodrigo una vez se subió con su amiga en los asientos de detrás.

—Es una sorpresa, pero os va a encantar —le contestó Joel por su amigo.

Después de poco más de media hora de trayecto, llegaron a un lugar acondicionado para acampar y hacer barbacoas.

Allí los esperaban tres amigos de los chicos, los cuales resultaron ser muy majos para Ari y una grata sorpresa para Tefi por su amabilidad y cercanía.

Tenían altavoces conectados a un coche con música alta y ya habían encendido una hoguera.

Retumbaban las voces de Maluma y Shakira con la canción *Clandestino*.

—¿Te gusta el sitio? —le preguntó Rodrigo a Ari.

—Es genial.

—Lo vamos a pasar bien.

—Seguro que sí —le dijo ella sonriendo.

—¿Algún problema con tus padres?

—Ninguno.

—Mejor, esta noche te quiero centrada solo en mí.

—Eso no es muy difícil.

Rodrigo la besó.

—¡Eh, tortolitos! —les gritó Joel desde la hoguera, pues ellos se

encontraban algo apartados, justo al lado de la furgoneta, sacando las cosas.

—¿Qué quieres?

—¿Montamos las tiendas? —les preguntó Joel al tiempo que se acercaba a ellos frotándose las manos y sonriendo.

## 14.

### *Como tú ninguna.*

#### *Anuel – Toda.*

Una hora después, las tiendas estaban montadas. Mientras Joel, Ari y Rodrigo las montaron, los demás prepararon la cena y pusieron unas cuantas copas para cuando ellos terminaron.

Ari se sorprendió, pues Tefi no paraba de hablar con los amigos de Joel y Rodrigo y de reírse junto a ellos.

—Pues yo no la veo tan mal —le comentó Rodrigo a Ari al oído.

—Me está dejando loca...

—Deja que disfrute.

—Sí —le sonrió ella.

Cenaron, bebieron, incluso fumaron un par de caladas de algún canuto que otro. Tefi y Ari se lo estaban pasando en grande aquella noche.

Pero cuando más disfrutaron fue bailando.

Bailaron juntas como aquellas veces que iban a la Penélope mientras los chicos las coreaban y les aplaudían al son de la música.

No, no se arrepentían en absoluto de haber mentido a sus padres.

Cualquier mentira merecería la pena con tal de disfrutar junto a personas que no te miraban por encima del hombro y con las que podías ser tu misma al cien por ciento.

Ari pensaba en cómo le estaba afectando el alcohol aquella noche y en lo bien que se sentía cuando Rodrigo la sorprendió besándole en el cuello.

Cerró los ojos al tiempo que inhalaba el aire puro del entorno lentamente por la nariz y sonrió.

—Ven conmigo —le susurró Rodrigo al oído.

Rodri la cogió de la mano y la condujo hasta el interior de la tienda de campaña donde Ari le había prometido a Tefi que dormirían juntas.

—Siento decepcionarte —le dijo Ari una vez dentro—, pero yo ahora no puedo dormir, así que no me digas que tienes sueño.

Rodrigo se rio a mandíbula abierta y ella sintió un calor incesante en su bajo vientre.

—No quiero dormir, ojazos. Quería un momento a solas contigo —le dijo acercándola a su cuerpo.

Ella sonrió y dejó que le besara el cuello de nuevo.

—No quiero que te preocupes por nada —le dijo mientras se acostaban en los sacos, todavía sin abrir.

—No lo hago.

—Mientes fatal —rio él de nuevo.

Ella se contagió de su risa.

—Sé que algún día todo estallará.

—Sabes también que ahí estaré yo, ¿verdad? Contigo, con las granadas en las manos para lanzarlas y que todo estalle.

—No lo dudo, nunca lo he hecho.

—Yo te quiero, Ari.

—Y yo a ti... ¿Te pasa algo?

—No —dijo él sonriendo y sonrojado por el alcohol—, sólo quería demostrarte que estoy aquí y que creo que me estoy enamorando, Ari.

Ella se quedó muda y sintió que el techo de la tienda de campaña daba alguna que otra vuelta sobre su cabeza.

—Eso y que ya te quería solo para mí esta noche —añadió.

Ari suspiró y Rodrigo se acercó más a ella, posando una de sus manos en su vientre.

—¿Te encuentras bien?

—No sé qué mierda habéis comprado de beber... —le intentó explicar mientras sentía su boca recorrer su cuello, entre los pliegues de su chaqueta—, pero voy muy colocada y tengo mucho calor.

—Quítate la chaqueta entonces —le dijo él al tiempo que se incorporaba y se quitaba la suya.

Ari se quitó la chaqueta y se volvió a tumbar.

Se besaron, sintiéndose los labios, la lengua y los latidos del corazón de ambos, retumbando fuertemente dentro de sus cajas torácicas.

—Rodri...

—No vamos a hacer nada que tú no quieras —le dijo parando de besarla y mirándola a los ojos con los labios sonrojados.

Ella contempló las pupilas dilatadas de Rodrigo por el alcohol y

ensombrecidas por el deseo.

—Nunca... nunca lo he hecho con nadie —le dijo sonriendo tímidamente.

Él sonrió de la manera más dulce que se le antojó a Ari.

—Te repito que... no haremos nada que tú no quieras hacer, amor. Contigo no tengo prisa y no me importa que no suceda esta noche. Te he traído aquí para tener un momento contigo, no para esto, no quiero que pienses mal de mí.

—Shh —le puso su dedo índice en la boca para que se callara.

Él dejó de hablar y la contempló, esperando su respuesta.

—Quiero que seas tú, Rodri.

No le contestó, solo volvió a besarla.

La besó, primero lentamente y, después, de manera más intensa.

La acarició por encima de la ropa hasta que dejó de hacer falta y pudo contemplarla en ropa interior delante de él.

Deslizó sus dedos por aquella piel blanca, perfecta y suave y Ari se deleitó en cada caricia.

Lo besaba con ahínco, con unas ganas que jamás imaginó que le tendría a alguien.

Lo desnudó lentamente y palpó su cuerpo por entero, cada músculo, cada poro de su piel, que cada vez le parecía más deseable.

—Mierda...

—¿Qué pasa?

—No he traído protección —se lamentó él avergonzado.

Ella se mordió el labio inferior, dudando.

—No me importa.

—Ari, no...

—No quiero que pares ahora, Rodrigo. Necesito que sigas.

—¿Estás segura?

—Sí.

Rodrigo accedió y desabrochó su sujetador, dejando a la vista unos pechos pequeños y firmes que no dudó en acariciar y besar.

Paró un momento para buscar su móvil y le dio al play a una de sus canciones favoritas, abrieron el saco de Ari y ambos se metieron dentro.

*Toda de Anuel.*

Y ella, con él encima, piel con piel, no se arrepintió ni un segundo de lo que estaba haciendo.

Lo besó sintiendo su lengua explorar su boca y una de sus manos presionar su sexo, haciéndola volar.

Rodrigo apartó la tela de sus braguitas hacia un lado y se coló en su interior, poco a poco, despacio, haciendo que sintiera escozor y dolor a partes iguales.

Se quejó y él le besó la frente.

—Tranquila, haré que pase rápido.

*Yo quiero comerte toda.*

*Quédate conmigo.*

Entró y salió repetidas veces y el dolor de Ari cesó para exhalar gemidos de placer después, dejando disfrutar a ambos de sentirse, complementarse y amarse dentro de una tienda de campaña, sin importarles no ver las estrellas que adornaban aquella noche el cielo, pues pintaron las suyas propias entre besos y caricias.

## 15.

### *Contigo me siento bien.* *Danny Romero – Cosas locas*

Amanecieron juntos y, por supuesto, también revueltos, con las piernas entrelazadas y lo más pegados posible debido al frío.

Ari abrió los ojos poco a poco y cuando por fin lo hizo del todo, vislumbró el techo de la tienda de campaña. Acto seguido le vino a la cabeza el recuerdo de la noche anterior y se sonrojó.

Miró hacia su lado izquierdo y contempló el rostro de Rodrigo enterrado parcialmente entre el saco de dormir y su hombro. La tenía agarrada por la cintura y podía sentir su calor.

Todavía estaban desnudos, pues se quedaron dormidos al poco tiempo de terminar de hacer el amor.

Ari se deshizo de las manos de Rodrigo con cuidado y, con la piel de gallina por el frío, se vistió lo más rápido que pudo y salió al exterior.

Sentía la cabeza pesada y un dolor infernal de resaca ya reinaba en sus sienes, quería un poco de aire fresco.

La estampa que se encontró fuera de la tienda le pareció inaudita.

Ya desde dentro podía escuchar de fondo música puesta, pero no se imaginaba que fuesen Tefi y Joel los protagonistas de aquella imagen.

En los altavoces sonaba *Cosas locas* de Danny Romero.

Joel, sentado en una silla con Tefi sobre sus rodillas, calentaba nubes pinchadas en un palito de madera en la hoguera mientras su amiga aguantaba un canuto en una mano y una bolsa de ganchitos de queso en la otra.

Se reían y se hacían carantoñas mutuamente.

Se quedó de piedra. Pues menos mal que Tefi no quería tener relación con gente de la clase social de los chicos...

—¿Tefi? ¿Qué se supone que haces?

—Buenos días, pelirroja —la saludó Joel.

—¡Ari! Tía, tengo que contarte una cosa muy importante...

Ari se acercó a ellos.

—Si me vas a decir que vas más colocada que una mierda, te lo puedes ahorrar... No te has visto la cara, ¿verdad? Estás fumada, Tefi.

—Ya lo sé, me lo estoy pasando genial. Pero no es eso lo que quiero decirte —le dijo poniéndose el canuto en la boca para poder abrir su tercera bolsa de ganchitos—, ¿quieres ganchitos?

—No —le contestó Ari seria.

—¿Qué te pasa, pelirroja? ¿Has dormido mal?

Ari no estaba de humor y no encontraba el motivo. Había pasado una noche maravillosa junto a Rodrigo, sus amigos y su mejor amiga.

¿Acaso le molestaba ver a Tefi en la misma tesitura?

No, no le molestaba verla feliz, lo que le molestaba era su falsedad.

—Ari, creo que me he enamorado de este tío —le dijo señalando a Joel.

—¿Qué? Tú estás loca.

—Oye, ¿qué pasa, no puedo molarle a alguien? —se defendió Joel.

—Sí, claro que sí, no es eso.

—¿Entonces? Ari, él me entiende, con él me siento bien y sé que es una locura, pero... —le dijo Tefi para después darle un mordisquito a su nube quemada.

—Es Tefi... va muy colocada —la interrumpió Ari contestando a Joel.

Tefi se rio y Ari fue a despertar a Rodrigo. De repente, no le apetecía estar ahí.

Rodrigo se desperezó y después de vestirse despertó a los demás para recoger las tiendas y todo lo que allí tenían montado.

Tardaron más de lo previsto en tener todo aquello limpio y decente, tal y como se lo habían encontrado; pero una vez terminaron, se marcharon a desayunar a una churrería y después pasaron por casa de los chicos para que Ari se diese una ducha y Tefi se espabilase.

Después de despedirse de sus amigos en el portal, Rodrigo llevó a Ari un momento a su habitación mientras buscaba un conjunto de ropa limpia que ponerse.

—¿Quieres que vaya a la farmacia y compre una píldora del día después?

—Con la loca de Tefi no lo había pensado, pero sí, tienes razón. Cuando vuelva a verte te la pago.

Rodrigo soltó una carcajada.

—¿Qué me vas a pagar, amor? Tu compañía cubre cualquier gasto —le

dijo guiñándole un ojo.

Dejó a Ari secándose el pelo con el secador acompañada de Tefi y, mientras Joel se duchaba, bajó a la farmacia a conseguir la pastilla.

Cuando subió, se la guardó a Ari en un compartimento de su mochila y, a pesar de que estaba en la misma casa, le mandó un mensaje al móvil recordándole que se la tomase ese día sin falta. No quería que sus amigos se enterasen de sus intimidades y, además, había sido una irresponsabilidad por su parte mantener relaciones sin protección.

Más tarde, cuando Tefi se encontró mejor y tenía un aspecto más decente que horas antes y Ari terminó de arreglarse, ambas amigas volvieron a casa.

## 16.

### *Bebe codeína y fuma hierba lila. Francho Reyes - Bote*

Los días de vacaciones de Semana Santa pasaron para ambas amigas más rápido de lo que ellas desearon.

Después de tener una conversación con Tefi, Ari se dio cuenta de que las personas podían cambiar su percepción de vida en apenas un segundo y que, a veces el amor, podía hacer que las personas tomaran rumbos distintos.

Y aquello fue lo que le pasó a Tefi con Joel, quien no se imaginó nunca poder llegar a sentir algo por una de esas personas que el entorno de ambas tanto criticaban por su posición social.

Quedaban los cuatro en casa de los chicos para ver películas e inflarse a palomitas y salían por las calles de San Vicente a jugar al billar y tomar cerveza.

Siempre con excusas por delante ante los progenitores de ambas.

Tefi y Ari temían el momento en el que todo se descubriese, nadie lo vería bien dentro de su entorno familiar y social, pero el amor y el deseo hacia aquellos chicos, les hacía olvidarse de lo desobedientes que eran.

Y así, con el paso de aquellas maravillosas vacaciones, conocieron verdaderamente lo que querían y se percataron de que nada de lo que se les había ofrecido desde pequeñas era lo que deseaban.

El último fin de semana de vacaciones, se escaparon a la Penélope, hacía tiempo que no iban.

Trabajando allí Joel y Rodrigo, bebieron copas de gratis y se escabulleron con ellos siempre que los chicos tuvieron oportunidad, pues estaban en jornada laboral.

—Dame un cigarrillo, voy a salir a fumar —le pidió Ari a Rodrigo a voces, pues la música estaba muy alta.

—¿Vas sola?

—No, con Tefi.

Rodrigo asintió y añadió:

—Búscalo en mi bolsillo en lo que recojo esta barra —le dijo con una bayeta en la mano.

Ariadna palpó el bolsillo delantero del pantalón vaquero de Rodrigo y sacó la cajetilla de cigarros.

—No me toques mucho... estoy de servicio y no puedo cumplir mi papel de novio ahora mismo —le dijo guiñándole un ojo.

Ella se rio y le dio un beso en los labios de forma rápida.

—Eres idiota, ahora vengo.

Buscó a Tefi, quien seguía en la pista de baile moviendo las caderas al ritmo de una de las canciones de moda.

*Bote de Francho Reyes.*

*Bebe codeína y fuma hierba lila,  
no quiere bajón, ella quiere xativa.  
Cuando lo mueve parece latina,  
se sube a la barra, también en tarimas.*

Consiguió que dejase de bailar y, de la mano, salieron al exterior.

—¿Quieres que te lo pase? —le preguntó Ari.

—No, sabes que no fumo.

—Pues a los canutos bien que le das —le dijo su amiga entre risas.

Tefi puso los ojos en blanco al tiempo que una sonrisa relajada se dibujaba en su boca.

—Eso es muy de vez en cuando.

—Joel te lleva por el mal camino...Mierda, no tengo fuego, espera que...

Pero Ari no terminó de formular la frase, pues se encontró de frente con Lalo seguido de dos policías.

—Tefi...

Su amiga también vislumbró a Lalo y compañía y palideció.

—Hablaste con él, ¿verdad?

—Hablé, pero no parecía muy convencido.

—Tefi, me dijiste que habías conseguido persuadirlo — le recriminó Ari recordando la conversación que tuvieron sobre aquellos días atrás.

—Ari, te lo puedo explicar...

Ari, con furia en los ojos, la miró y apretó el cigarrillo hasta romperlo en su puño cerrado.

Tefi observó cómo lo hizo y tragó saliva.

—¿Me has mentido? —le preguntó Ari a su amiga con los ojos llenos de lágrimas.

—No, no, Ari...

—Como le pase algo a Rodrigo...

—¡No le va a pasar nada! —le dijo Tefi cogiéndola de las manos.

—Esto no te lo voy a perdonar... —le respondió soltándose de las manos de su amiga y entrando a la discoteca.

Lalo y la policía habían entrado segundos antes al antro y se temía lo peor.

Cuando pudo hacerse hueco entre el gentío apelotonado alrededor de la barra donde Rodrigo estaba trabajando, vio cómo lo terminaban de esposar y se lo llevaban con dificultad, pues Rodrigo se zarandeaba al tiempo que gritaba que era inocente y que no había hecho nada.

—¿Pero tú de qué vas? —le dijo Ari a Rodrigo zarandeándolo.

Lalo sonrió malicioso.

—¿Pensabas que mandándome a Tefi ibas a evitarlo? No me hiciste caso, Ari, y ahora vas a pagar las consecuencias —le contestó soltándose del agarre de la chica y abriéndose paso entre la gente para salir al exterior.

Cuando dejó de mirar a Lalo, fijó su mirada en la de su mejor amiga, quien tenía los ojos empañados de lágrimas.

Sin pensarlo dos veces, se marchó dejando a Tefi en la Penélope.

17.

*For love, for love.*

*Bon Jovi – Livin' on a prayer*

Pasaron la noche en vela, ambos. Rodrigo en el calabozo del cuartel de la Guardia Civil y Ari en su casa.

En cuanto salió de la discoteca, pasó por casa de Rodrigo a pesar de que sabía que no había nadie, pero tenía constancia de que Joel guardaba una copia de la llave en un macetero de la portería porque solía perderla.

Tocó un timbre cualquiera y nadie pareció escucharla pero, al final, de tanto insistir en varios pisos, algún vecino malhumorado desistió de seguir oyendo cómo timbraba y le abrió.

Cogió la llave y entró dentro de casa de los chicos para cambiarse de ropa, pues allí tenía algunos conjuntos.

Una vez cambiada, se marchó a casa a paso rápido, bien por los nervios, bien por el miedo de andar sola por el pueblo a esas horas de la noche.

Entró en su casa sin hacer ruido y se metió en la cama. Se tapó por encima de la cabeza y cerró fuertemente los ojos, intentando contener unas lágrimas rebeldes que luchaban contra sus fuerzas para salir al exterior.

Pasaron las horas y no consiguió dormir a pesar de que se encontraba cansada y, por fin, cuando los rayos del sol del amanecer despuntaron y atravesaron su ventana, tuvo claro lo que tenía que hacer.

Su mundo estaba empezando a estallar, una pequeña grieta se estaba haciendo más y más grande y, al final, cansada de tanta mentira y de esconderse, sería ella quien lanzara las granadas contra todo.

Se levantó, se tomó un café cargado a pesar de que odiaba su sabor, se dio una ducha y cuando estaba dispuesta a salir por la puerta para cumplir su cometido, su madre la sorprendió a escasos metros del pomo.

—¿Ari? ¿Ya estás aquí? ¿Ha pasado algo con Estefanía?

Como siempre, su madre creía que había dormido en casa de Tefi y, los padres de Tefi, que había sido ella quien había dormido en casa de Ari.

—No, es que nos acostamos pronto para hoy poder madrugar... los exámenes están próximos, ya sabes. Voy a dar un paseo y a la vuelta me pongo a estudiar.

Su madre asintió y Ari se fue de allí. Un minuto más y tendría que seguir mintiendo y la bola de mentiras cada vez era más grande.

Tanto como la rotura de la burbuja en la que se había metido.

Tenía claro lo que debía hacer, pero no sabía si sería capaz de ello.

Dirigió sus pasos hasta un lugar donde hacía mucho tiempo que no iba y el estómago se le contrajo cuando se halló en la puerta.

El edificio donde vivía Lalo nunca le había gustado demasiado, siempre le había parecido muy serio y sin personalidad.

Tocó al timbre y el mismo Lalo le abrió la puerta, sorprendido de su visita y también por ser tan pronto.

—¿Qué haces aquí?

Ari se mentalizó de lo que tenía que hacer.

—¿Podemos hablar?

Lalo dudó.

—Eh... sí, claro, pasa. No hagas demasiado ruido, mi padre todavía está durmiendo.

Lalo la recibió en pijama y con los ojos somnolientos. Ari pensó que sería mejor así.

—Vamos a mi habitación.

Ari asintió y le siguió a pesar de que sabía perfectamente dónde se encontraba su cuarto.

Lalo se sentó sobre su cama después de alisar un poco las sábanas y le hizo un gesto con la mano para que Ari le imitase.

—Dime.

Ari cerró los ojos con fuerza.

—Tenías razón.

—¿En qué?

—Tenías razón sobre Rodrigo.

Lalo se sorprendió.

—Pero...¿Y ese cambio de opinión?

—Estoy harta de tener una vida paralela a la que todo el mundo conoce y... creo que me he descarriado...

—Vaya, Ari, me dejaste muy sorprendido.

—Llevo toda la noche pensando en esto y he tomado la decisión de hacerte caso, pero necesito que me ayudes.

—¿Ayudarte? ¿En qué podría ayudarte yo?

Lalo estaba tragándose completamente su malestar, su arrepentimiento...

—Voy a dejarle, Lalo, voy a hacerte caso. Al fin y al cabo tú siempre has estado ahí para lo bueno y para lo malo y... creo que no te he valorado como te mereces. Cuando rompa con él, sé que no dejaré de buscarme...

Lalo tragó saliva y se acercó a ella.

—Sabes que todo lo que he hecho por ti ha sido por tu bien, Ariadna. Sabes que nunca te haría daño... —le susurró acariciándole una mejilla.

Lalo siempre había sentido algo especial por Ari. Pero la personalidad de su amiga y ese carácter fuerte que tenía nunca le había dado pie a declararle sus sentimientos hacia ella. También sabía que Lalo no era su tipo, por lo que pensó que sería mejor no decirle nada.

Si bien el simple hecho de amar a alguien, no implica también el hacerlo bien y de la manera más apropiada.

Ari tragó saliva con dificultad y se aproximó a él.

—Lo sé, Lalo.

Él sonrió y acercó sus labios a los de la chica pelirroja.

La besó, deleitándose en aquellos labios tan deseados para él, y ella se dejó besar con la náusea en la garganta.

—¿Qué quieres que haga?

—Que lo metas en la cárcel.

Su amigo abrió enormemente los ojos.

—Ahí dentro no podrá buscarme y podré volver a mi vida normal.

Lalo asintió y se levantó de la cama.

Rebuscó en los cajones de su armario empotrado y sacó una carpeta roja llena de documentos. Se la tendió a Ari y esta la abrió para echar un vistazo, conteniendo la respiración y con el corazón trotándole en el pecho.

—¿Qué es esto?

—Son pruebas falsas. Esta noche la ha pasado en el calabozo del cuartel, pero habrá juicio rápido dentro de poco y la policía ya está al tanto de todo lo que pone ahí, solo de palabra, claro. Estos documentos los presentará mi abogado en el juicio.

—Pero todo lo que pone aquí no es cierto.

—Claro, pero mi padre se encargará de que sea mi tío el juez que dicte

sentencia. Está todo ganado, Ari. Ese tío se pasará unos meses dentro y no te molestará.

Ari asintió asustada.

—Me quedo más tranquila, Lalo. Oye... estoy cansada. ¿Me puedo quedar contigo aquí y dormimos un poco? He estado toda la noche en vela y...

Lalo volvió a besarla y Ari no continuó hablando.

Se quitó las deportivas y la chaqueta, que todavía tenía puesta, y se metió para llenar el hueco de la cama que Lalo había dejado para ella después de meterse él.

Su amigo la besó en la mejilla cuando se taparon con las sábanas y al rato lo escuchó respirar de manera pausada, por lo que supuso que se había vuelto a dormir.

Esperó un rato más y, con mucho cuidado, pues Lalo la tenía abrazada desde atrás, se deshizo de sus manos y se levantó.

Avistó la carpeta roja encima de su escritorio, justo donde él la había dejado cuando se la había devuelto, y la cogió.

Salió de aquella casa escopetada atesorando aquella carpeta bajo su chaqueta como si fuese lo más valioso del mundo.

Al final, Lalo era más simple que el mecanismo de un chupete.

Una vez se vio en el exterior del edificio, conectó los auriculares a su teléfono móvil y le dio al play a una de sus canciones preferidas de Bon Jovi: *Livin' on a prayer*, haciendo que la adrenalina que sentía en esos momentos se acentuase.

Iba a salvar a Rodrigo, no pisaría la cárcel si ella podía impedirlo.

18.

*I'm only human*  
*Christina Perri - Human*

Ari anduvo a paso rápido hasta el cuartel de la Guardia Civil y cuando llegó, preguntó por Rodrigo. Sin embargo, aún faltaban unas horas para que le dejasen salir.

Así que se sentó en la acera donde se encontraba el cuartel y acarició aquella carpeta roja que tenía que la llave que abriría la puerta de la libertad para Rodri.

Cuando por fin salió, se estrecharon en un efusivo abrazo y hasta los ojos de Ari se humedecieron.

—¿Has dormido? —le preguntó Rodrigo preocupado al ver sus ojeras.

—Nada, pero he estado ayudándote.

—¿Ayudándome?

—Necesito que guardes esto en tu casa —le dijo tendiéndole la carpeta roja, pues sabía que en manos de Rodrigo, Lalo tendría menos posibilidades de recuperarla.

Pensar en Lalo hacía que las tripas se le contrajeran, no solo por lo que había tenido que hacer para coger esa carpeta, que también, sino por el pánico que sentía al pensar en el momento en el que su amigo se percatase de que Ari había desaparecido de su casa a hurtadillas y con los documentos que llevarían a Rodrigo a la cárcel.

—¿Qué es esto y de dónde lo has sacado? —le preguntó Rodrigo.

—Vete a tu casa y guárdalo lo mejor que puedas. Ahora tengo que irme para que mi madre crea que estoy estudiando. Por la tarde quiero coger cita con el ginecólogo por Internet para el lunes y...

—Ari, espera, vas demasiado rápido... ¿Con el ginecólogo? ¿Te tomaste la pastilla, verdad?

—Claro —le aseguró recordando cómo el día después de la acampada se la tomó después de comer —, pero quiero ir para que me recete la píldora

anticonceptiva.

Rodrigo sonrió, tranquilo.

—Ahora vete a casa que yo tengo que hacer cosas —le dijo rápidamente, antes de que Rodrigo le preguntase de dónde había sacado aquella carpeta.

El fin de semana pasó rápido, pero la agonía de Ari crecía al no saber nada de Lalo. ¿Se habría dado cuenta de que le faltaba la carpeta?

Habló con Rodrigo y le puso la excusa de que tenía que terminar un trabajo para el lunes y de que tendría que quedarse en casa lo que quedaba del fin de semana.

Y, por fin, llegó el lunes. Ari no le dirigió la palabra a Tefi, no le apetecía en absoluto y también se extrañó de que Lalo no hubiese acudido a clase.

Seguramente estaría como un loco buscando aquella carpeta en cada rincón de su habitación.

Después de comer habló un rato con Rodrigo y, sobre las cinco, le mintió a su madre diciéndole que iba a la biblioteca y cogió un autobús para acudir a su cita con el ginecólogo.

Cuando llegó, esperó unos cuantos minutos en la sala y al escuchar su nombre cuando la enfermera la llamó, pegó un respingo sobre sí misma.

Nunca había ido al ginecólogo, era su primera vez y estaba sola.

Siempre se imaginó que iría con su madre, pero no podía ser de esa forma.

Entró en la consulta despacio, algo asustada, y el doctor la instó a sentarse en una de las sillas delante de su mesa.

Contestó a unas cuantas preguntas que le hizo el hombre y después le comentó el motivo de su consulta, quería empezar a tomar la píldora anticonceptiva.

—Bien, antes me gustaría hacerte una revisión y unos análisis completos. Dado que es la primera vez que vienes, imagino que nunca te habrás hecho ninguna.

Ari negó con la cabeza. ¿Qué pensaba hacerle? Le daba hasta pánico observar la camilla.

—Tranquila, es algo rutinario, para comprobar que todo está bien —le dijo la enfermera, quien hacía un informe sobre todo lo hablado con el doctor.

Ari asintió, casi igual de nerviosa que antes de la intervención de la enfermera y cogió una sábana blanca que le tendía.

—Desnúdate de cintura para abajo en el vestuario y tápate con la sábana

para venir a tumbarte en la camilla —le indicó—, mientras el doctor preparará todo lo necesario.

Ari hizo todo lo que le pidieron y una vez en la camilla, abrió las piernas, tal y cómo le indicó el doctor nada más tumbarse.

—Relájate, será mejor.

Ari tragó saliva.

El doctor tanteó aquí y allá con diferentes utensilios y hasta le hizo una ecografía.

Cuando terminó de explorarla, Ari se puso de nuevo su ropa, la enfermera cogió muestras de orina y le dio cita para coger una muestra de sangre al día siguiente. Después, se sentó en la misma silla que antes.

—Bueno, Ariadna...

—¿Cuál es el nombre de las pastillas?

—Vamos a posponer las pastillas de anticoncepción hasta que tenga el resultado de los análisis.

—De acuerdo —le contestó ella.

Todo había salido bien y salió ilusionada de la consulta. Se sentía adulta, responsable, contenta consigo misma.

Pero esas emociones y sentimientos tan positivos se desvanecieron cuando días después acudió de nuevo a aquella consulta tras una llamada del hospital en la que le decían que los resultados de sus pruebas ya estaban listos.

—¿Qué tratamiento? —preguntó ella asustada cuando el ginecólogo la informó de sus resultados.

—Me has dicho que tienes pareja estable, ¿verdad?

—Sí, claro.

—¿Estás segura de que es así? No ha habido ningún... —titubeó —, ¿altercado?

—¿Altercado? Perdona, pero... es que no sé qué es lo que quiere decirme.

—Ariadna, tienes una ETS.

—¿Cómo?

—Enfermedad de transmisión sexual. Me has dicho que mantienes relaciones hace poco y que tienes una relación estable con tu pareja, por lo que deduzco que no has mantenido relaciones sexuales sin protección con otra persona.

—Y así es.

—Creo que deberías hablar con tu pareja para que él también se trate.

—Pero... pero... ¿Me está diciendo que mi pareja ha estado con otra persona?

—Está claro que tú no y que lo que tienes se transmite a través de las relaciones sexuales.

Ari se quedó callada.

—Voy a recetarte unos fármacos y deberás seguir el tratamiento hasta que te cures. Tranquila, que no es nada grave. En poco tiempo estarás bien.

Asintió, asustada y con la cabeza a mil por hora.

El doctor tecleó en su ordenador rápidamente y de la impresora salieron unos cuantos papeles.

—Te recomiendo que hables seriamente con tu pareja para aclarar esto, si él no se trata te contagiará todo el tiempo —le dijo tendiéndole las recetas —, también he añadido la receta de tus anticonceptivos, empieza el tratamiento cuando hayas terminado de curarte, más que nada para no llevar tanto medicamento dentro del estómago y por si la píldora no te sienta bien. Normalmente solemos cambiar de píldora a las chicas hasta encontrar la que les va bien, por los efectos secundarios y ese tipo de cosas...

Ari cogió los papeles con manos temblorosas y se marchó con las piernas hechas un flan.

¿Qué estaba pasando?

Durante el camino a casa de Rodrigo, su estado de ánimo fue cambiando de la estupefacción a la rabia de forma paulatina y cuando llegó a casa de su chico, su cara era de todo menos amigable.

—¿Qué pasa? —le preguntó Rodrigo nada más abrirle la puerta.

—¿Con quién has estado? —le preguntó ella adentrándose en la casa.

—¿Cómo?

—¿Con quién me la estás pegando?!

—¿Estás loca? ¡Con nadie!

—¡Y una mierda! ¿Se te van olvidando por ahí los condones? ¿Igual que conmigo?

—¡Eh! ¡Cálmate! ¡No sé de qué me estás hablando!

—¡Me has contagiado! ¡Cerdo!

—¿Qué? —le preguntó Rodrigo estupefacto y pálido a partes iguales.

—Que tengo una ETS.

Rodrigo se pasó la mano desde el puente de la nariz hasta la nuca de forma nerviosa.

—¿Cuándo? —le preguntó Ari.

Él cerró los ojos con fuerza y cayó en quién era la persona que podía haberlo contagiado a él.

—Fue antes de estar contigo, Ari...

Ella se quedó mirándolo, muda, con lágrimas en los ojos.

El impacto de su mano contra la mejilla de Rodrigo retumbó en las paredes del salón.

—Me das asco... llevo jugándomela por ti desde que te conocí y me pasa esto...

—Yo no tengo la culpa.

—¿No tienes la culpa? ¿No sabes follar como las personas normales?

—¡Fuiste tú quien me dijo que no parase! ¡Soy tan culpable yo como tú!

—¡Pensaba que estabas sano! ¡Que lo del condón solo había pasado conmigo! ¿Quién es la otra?

—Mi ex, Davinia. Sé perfectamente cuando pudo contagiarme...

—¿Y cuándo?

Rodrigo se quedó callado.

—¡Contéstame! —le gritó Ari zarandeándole de la sudadera.

—El primer día que nos vimos en la fuente de la plaza...

—¿El mismo día que empezaste conmigo? —le dijo entre lágrimas. —Pero qué hijo de puta eres...

Ari lo apartó con un empujón de su camino y caminó hacia la puerta.

—Olvídame —le dijo asiendo el pomo de la puerta para salir de esa casa con la intención de no volver nunca más.

Cuando estuvo en la calle, conectó los auriculares al teléfono móvil y caminó lentamente hacia su casa mientras las lágrimas le caían de los ojos y la voz de Christina Perri en la canción *Human* la calaba hondo.

Tenía lágrimas cristalizadas, lágrimas que habían tardado demasiado tiempo en brotar de sus ojos y mojar su cara. Le quemaban los pulmones, el tórax y, también, el corazón.

Un corazón que siempre bombeaba rápido y a veces se tropezaba entre latido y latido.

Ardía, Ariadna ardía entera, de rabia y frustración. De dolor.

En ese momento supo que Rodrigo nunca había querido arder con ella.

*I Will always love you*  
*Miley Cyrus – Wrecking Ball.*

Rodrigo pegó un puñetazo en la pared abriéndose los nudillos. Estaba furioso consigo mismo, decepcionado, triste, estaba mal...

Se había quedado hecho una mierda, pero su mala suerte no acabaría ahí, su mala suerte no finalizaría con Ari pidiéndole que la olvidase.

Justo cuando iba a llamar a Davinia, una llamada entrante iluminó la pantalla de su teléfono móvil.

Era su jefe, el de la Penélope. Genial, pensó.

Era todo lo que le faltaba para completar el día.

Qué equivocado estaba... no era lo peor que su jefe le llamase, lo peor era el comunicado que le dio: estaba despedido.

Ari pasó por una farmacia de camino a su casa para comprar los medicamentos que el ginecólogo le había recetado, no sin antes limpiarse un poco la cara de lágrimas con las manos.

Tenía que aparecer decente tanto en la farmacia como delante de sus padres, así que procuró no llorar más hasta que no llegó a su edificio.

Pero cuando cruzó la puerta de casa y se adentró en el salón, se imaginó lo peor, pues Lalo estaba sentado en uno de los sofás junto a sus padres.

—¿Dónde estabas, Ariadna? —el semblante de su madre era serio y estaba rojo de contener la ira.

Ella se quedó callada.

—¿Le has dado la carpeta, verdad? —saltó Lalo.

—¡Ariadna! ¡Te estamos haciendo preguntas! ¡Contesta de una vez!

—¿Qué quieres que te diga? El gilipollas este ya te lo habrá contando todo, ¿me equivoco?

Su madre resopló y su padre se mantuvo callado, con los codos apoyados en las rodillas, al lado de Lalo.

—Gonzalo ha hecho lo que tenía que hacer, si no llega a ser por él...

—Si no llega a ser por él, ¿qué, mamá? Lalo no es como tú crees...

—Tampoco tú eres como yo creía.

—Tampoco la vida que tengo es como yo creía que iba a ser.

—¿Por eso haces todo lo que haces?

—¿Qué es todo lo que hago?

—Ir con ese chico... ¡Con esa chusma! ¿Te imaginas qué puede estar diciendo la gente?

—La gente me importa una mierda —le dijo mirándola Ari mirándola seriamente.

Una bofetada impactó en su cara y la bolsa con la medición se le cayó de la mano.

Su madre se agachó a cogerla.

—¿Qué es todo esto?

—Nada, dámelo —le contestó Ari con los ojos aguados intentando recuperar la bolsa.

—Ni hablar, ahora mismo pienso enterarme de qué son estas pastillas. No pienso tolerar más mentiras en esta casa.

Menchu sacó cada caja de la bolsa y leyó los prospectos para averiguar su uso.

Y su pálido rostro habló por si solo.

—Ariadna, dime que esto no es cierto...Dime que no te has acostado con ese malnacido y no tienes esto...

Ari se mordió el labio inferior y no le respondió.

—Tarde o temprano pasaría algo parecido... —añadió Lalo.

—Tú cállate, eres un hijo de puta. Y sí, mamá, tu hija de dieciocho años ha estado saliendo con alguien que no es de su clase social, alguien vulgar según todo el mundo que me rodea, alguien que no me conviene, alguien diferente. Y sí, me ha contagiado la gonorrea porque le contagiaron a él y no lo sabía.

Los ojos de Menchu estaban tan abiertos que parecía que se le iban a salir de las órbitas.

—Pero no te preocupes... yo misma he tomado la decisión de que esto termine aquí. Le quiero, sí; pero me ha engañado y no me gusta que me engañen —le reconoció limpiándose las lágrimas.

Menchu le dio los fármacos y Ariadna cogió la bolsa de nuevo.

—Estás castigada, tenlo claro. No vas a salir en meses y pienso vigilar

cada paso que des. No quiero ni imaginar lo que estará murmurando la gente de nosotros, Dios mío...—le dijo su madre llevándose las manos a la cabeza.

—Espero que dejes de lado tu plan, sin la carpeta poco puedes hacer.

Lalo se carcajeó.

—Tranquila, con lo que tienes encima es suficiente para que aprendas. Ahora sí me creo que no quieras saber nada de él...

Lalo se marchó y Ariadna se metió en su habitación.

Puso en voz alta una de sus canciones preferidas de Miley Cyrus, *Wrecking Ball*, y se deshizo en un llanto de lágrimas gruesas y dolorosas que terminaron empapándole el cuello.

No, de Rodrigo no quería saber nada, pero su corazón seguía latiendo por él. Le quería, y lo haría siempre.

20.

*Este culo lo heredé de mi mamá  
C. Tangana ft Becky G - Booty*

*Dos semanas después*

¿Te has sumergido alguna vez bajo el agua? Seguro que sí. La sensación mola, ¿verdad? Pero conforme pasan los segundos, tus pulmones dejan de funcionar y te empiezas a ahogar, porque no estás respirando, no estás alimentando tu cuerpo de oxígeno.

Y te agobias.

Y sientes cómo te falta el aire.

Y, también, te desesperas, buscas una salida extremadamente.

Imagina pasar así dos semanas, porque con una sensación parecida se amaron en la distancia Ariadna y Rodrigo.

El secreto había estallado, la explosión se había producido, pero las granadas no fueron lanzadas con sus manos.

No hablaron ni se vieron durante esos días, solo soltaron lágrimas calientes y punzantes que apenas al salir de sus ojos les quemaban por dentro, lágrimas de dolor.

Así es como se sentían, dolidos. Rodrigo por la culpa, Ariadna por la ilusión.

Volvamos a la sensación de ahogo bajo el agua... algo así como cuando una ola en la playa te lleva por delante.

Abres mucho los ojos, luchas, pataleas, intentas nadar, luchar contra la corriente que te arrastra al tiempo que sientes la asfixia y el corazón trotando dentro de tu pecho...

Y, cuando sientes que ya no puedes más, cuando sientes que es el final, sales a la superficie.

Algo parecido les sucedió a ellos después de aquellos días.

—Me alegro de que ya estés curada...Imagino que ese chico también se habrá puesto en tratamiento —le dijo Menchu a su hija la mañana del sábado.

Ariadna intentaba no prestarle la más mínima atención, procurando concentrarse en el programa televisivo que estaba viendo.

—Supongo, no sé nada de él.

Por supuesto, Rodrigo sí se había tratado y estaba tan curado como ella, pero ninguno de los dos se había dignado a dirigirse la palabra después de la última conversación.

—¿Ah, no?

—No, ya te dije lo que pensaba en su momento y, si no te importa, prefiero no hablar de ello.

—Espera, Ariadna, cielo, esta noche ponte preciosa, así como tú sabes, tenemos un evento muy especial.

—¿Un evento? No estaba al tanto.

—Sí, tu padre y yo hemos decidido hacer un cóctel en un local que hemos alquilado especialmente para ello. Así mostraremos normalidad hacia la sociedad. Después de esto, hija mía...

Ariadna se encogió de hombros para después asentir con la cabeza.

Total... quizá lo mejor era que se resignara a ese tipo de vida que tanto odiaba, pues cuando había intentado hacer su vida y escapar de todo lo que la atormentaba, le había salido el tiro por la culata.

No volvería a enamorarse, lo había decidido.

Amar dolía demasiado para aguantar más desengaños.

Se casaría con quien sus padres eligiesen y aguantaría como había hecho hasta ahora.

Se pasó las horas muertas del sábado por la tarde aburrida y muerta del asco, pues con Tefi tampoco mantenía relación y con Lalo menos.

El juicio rápido pronto se llevaría a cabo y, por lo menos, sabía que Rodrigo no iría injustamente a la cárcel, pues la carpeta con pruebas falsas que lo acusaban la tenía él mismo.

Aunque Lalo siempre podía preparar nuevos documentos falsificados con los que poder incriminarlo.

Decidió no pensar en eso y fue a ducharse y a arreglarse.

Sobre las diez de la noche se vio en aquel local, con su máscara de conformidad de nuevo adherida a la cara.

Habían acudido prácticamente todos los socios de la farmacéutica y también amigos íntimos de la familia.

Tefi y Lalo, por supuesto, también estaban allí.

Ariadna suspiraba al tiempo que bebía cava en una fina copa que podía romperse solo con mirarla.

Vio a Tefi acercarse y el pulso se le aceleró.

—Hola, Ari —le dijo algo tímida.

—Hola, ¿qué tal?

—Bien. ¿Y tú? Has..., ¿sabes algo de Rodri?

—No, no he vuelto a hablar con Rodrigo —le dijo sin acritud.

—Vaya... yo, bueno, quería que hablásemos, me gustaría pedirte disculpas...

—No tienes que disculparte por nada, no debí pedirte ese tipo de favor —le dijo Ari sin darle importancia —, era problema mío.

—Pero somos amigas —le respondió Tefi apretando con su mano el antebrazo de su amiga.

—No —le contestó Ariadna sonriendo—, somos mejores amigas, y siempre lo hemos ido. Creo que hemos sido estúpidas todo este tiempo.

Tefi sonrió y se le aguaron los ojos.

—¿Ya vas a llorar?

—No, es que, pensaba que nunca más volveríamos a hablarnos y...

—Tefi...

—Tengo una sorpresa para ti.

—¿Una sorpresa?

—Bueno, sé que has estado... malita y... bueno, está fuera.

—¿Fuera?

—Sal.

—Pero mi madre...

—De tu madre me ocupo yo, sal —le ordenó su amiga cogiendo la copa de cava de su mano.

Ariadna se acercó hacia la puerta del local y vio por el rabillo del ojo cómo Tefi distraía a su madre.

Nada más abrir la puerta sintió el frío del exterior, aquel día estaba nublado y hacía bastante frío.

Salió fuera del local, cerrando la puerta tras de sí y miró a ambos lados, pero no vio ningún regalo.

Fue entonces cuando fijó sus ojos al frente y ahí estaba.

Rodrigo.

Con sus ojos verdes chispeando de emoción contenida.

Trajeado y con zapatos de vestir.

Fumaba un cigarrillo con una mano y con la otra sujetaba una bolsa roja de charol brillante.

—Hola, ojazos.

Esperó a sentir la rabia y el malestar, pero aquellas sensaciones no la invadieron.

Por el contrario, sentía el corazón galopando en su interior y la respiración agitada.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó acercándose.

—Sé que no puedo cambiar nada de lo que ha pasado y menos comprarte con regalos, pero tampoco me he atrevido a hablarte antes y...

—Yo tampoco lo he hecho, soy tan culpable como tú en ese aspecto.

—Su...supongo que sí —tartamudeó él.

—Vas... muy guapo —reconoció ella.

—Tú también, no sabría si daría la talla pero al menos lo he intentado.

—¿Qué llevas ahí?

—Esto es, bueno, es... una tontería. Como te he dicho, no pretendo comprarte con regalos, pero desde que nos conocemos nunca te he regalado nada y... bueno, no sé, estoy nervioso, ábrelo.

Ariadna sonrió y cogió la bolsa que Rodrigo le tendía.

Buscó en su interior y halló un lote de libros y un frasco de perfume.

Los libros se trataban de una de las sagas de Blue Jeans, un autor que Rodrigo sabía que a Ariadna la volvía loca.

Se había ido hasta una de sus firmas, pues el autor estaba de gira, para conseguirlos firmados.

*Canciones para Paula* era el primero de ellos y a Ari se le iluminaron los ojos cuando leyó la dedicatoria.

—¿Pero tú estás loco?

—No lo sé, Ari, no lo sé... —le dijo paseando, nervioso como un animal enjaulado—, solo sé que te quiero, Ari... que me he enamorado de ti, la cagué y solo quiero que vuelvas a confiar en mi como hacías antes.

—Pero yo...

—¿Qué? ¿Me vas a decir que no, verdad? Ya lo sé, lo sabía...

—Yo siempre he confiado en ti, Rodrigo. No estabas conmigo cuando te acostaste con ella, punto y final. Estamos curados, ¿no? No soy nadie para pedirte que no la veas, tú eres libre de ver a quien te plazca, pero quiero que sepas que eso me haría daño. Ha estallado, todo ha estallado... y yo...

—Tú estás conmigo, estoy aquí. Te lo prometí, estoy aquí y aún podemos tirar juntos las granadas.

Ari se mordió el labio inferior, su corazón cada vez latía más fuerte y se moría de ganas por volver a besar esos labios. Aquella boca que tanto le gustaba y de la que se había enamorado desde aquella noche en la Penélope.

—Todavía te queda un regalo.

—Es verdad.

Ari soltó una pequeña carcajada y sacó el perfume de la bolsa.

—¡Es mi perfume preferido! Me gusta tanto que solo me lo pongo en las ocasiones especiales.

—Bueno, la noche en la que te conocí lo llevabas puesto y no he podido olvidarlo. Me recorrí varias perfumerías y acabé mareado de tanto oler perfumes, pero lo encontré. Thierry Mugler Alien. Creo que no se me va a olvidar nunca.

—Estás chalado... —le dijo Ari tirándose a sus brazos.

Entonces la besó, la besó como tanto había ansiado besarla durante esos días sin ella.

—¿Quieres entrar?

—No creo que...

—Sí, quieres entrar —afirmó ella tirándole de la mano.

Cuando entraron en el local, fueron el objetivo de prácticamente todas las miradas de los asistentes.

Se acercó a su madre tirando de su chico.

—Ariadna...

—Rodrigo, mamá, mi novio. Y ahora, si nos disculpas, nos vamos.

—¡Ariadna!

—¡Quiero vivir, mamá! —le contestó echando a correr con Rodrigo detrás soltando carcajadas.

—¿Has venido en coche? —le preguntó una vez se vieron en la calle.

—Sí.

—Llévame lejos.

No sabía si la llevaría lejos o no, pero subió en aquel coche y puso la

música a todo volumen.

*Booty* de C Tangana y Becky G.

*Uh, na, na, na*

*Mientras empujas ese booty pa'tras.*

## 21.

### *You love me- 7 things – Miley Cyrus*

Una de las mejores sensaciones para Ariadna era la del viento en la cara mientras iba sentada en un coche, con las ventanillas bajadas, a toda velocidad y con la música retumbando en los asientos.

Y aunque el aire entraba algo frío, pues en Alicante todavía no había llegado el verano, le dio sensación de libertad.

Más sensación de libertad todavía que haberle plantado cara a su madre y habiéndola dejado con la palabra en la boca, marchándose con Rodrigo de aquel evento horrendo.

Rodrigo cumplió cada petición de Ari durante el trayecto cuando le pidió que la llevase lejos, así que la llevó a la montaña, a un lugar llamado “El balcón de Alicante”.

—Me siento tan...

—¿Libre?

Ariadna se rio.

—Eso también, pero iba a decir que me siento genial.

Rodrigo sonrió.

Ambos estaban tumbados en el asiento trasero del coche, desnudos y tapados con una manta que Rodrigo encontró en el maletero.

—Yo también me siento genial después de los días de mierda que he pasado... Me despidieron de la Penélope, ¿sabes? Por lo de la poli y demás.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Y ahora qué?

—Ahora nada... estoy buscando trabajo de lo mío, en alguna farmacia...

—Si le cayeras en gracia a mi madre tendrías trabajo asegurado en la farmacéutica.

Rodrigo se rio a mandíbula abierta.

—¿Qué pasa?

—Ni loco, ojazos. No te ofendas, pero no quiero tener nada que ver con gente tan superficial como de la que te rodeas.

—Yo tampoco —le dijo ella riéndose también.

—Estoy buscando también en Valencia y Castellón.

—¿Y si te sale algo allí? —le preguntó Ari asustada.

—Pues... supongo que me marcharía.

Su rostro se tornó serio.

—Pero no pensemos en eso... hablemos de otra cosa —cambió de tema Rodrigo al ver que Ari se ponía algo triste—, cuéntame algo.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Háblame de tu amor por la música, por ejemplo.

Ella sonrió, tranquila.

—No puedo vivir sin ella.

—Vaya... pensaba que lo que más te importaba era yo —la chinchó al tiempo que le hacía cosquillas.

—Puedo repartirme —le contestó ella riendo.

—¿Por qué te gusta tanto?

—Porque es vida. Me aprendo las letras de memoria, la melodía, los acordes... todo. De pequeña siempre quise tocar el piano o la guitarra, pero mi madre nunca me dejó, pensaba que dejaría de lado mis estudios, así que...

—Entiendo. ¿Cuál es tu canción favorita? Y sí, sé lo que me vas a decir, que hay muchas... pero, si pudieras quedarte con una entre todas tus favoritas...¿Cuál sería?

Ari se mantuvo callada, pensando, hasta que al final le dijo:

—*7 Things* de Miley Cyrus.

—¿En serio? ¿Y eso por qué?

—Me recuerda a ti.

—Quiero escucharla y quiero que me vayas traduciendo, mi inglés no es demasiado bueno...

Ari sacó uno de los brazos de debajo de la manta y alcanzó su teléfono móvil de una de las alfombrillas del coche, se había caído ahí cuando se quitó la ropa.

Buscó la canción en su carpeta de música y le dio al play.

*Y ahora estamos parados bajo la lluvia pero nada cambiará hasta que*

*escuches, querido...*  
*Las siete cosas que odio de ti:*  
*Eres vano.*  
*Tus juegos.*  
*Eres inseguro.*  
*Me amas, te gusta ella.*  
*Me haces reír, me haces llorar, no sé qué parte comprar.*  
*Tus amigos, son idiotas, cuando actúas como ellos.*  
*Solo sé que duele, quisiera estar con el chico que conozco.*  
*Y la séptima cosa que odio más de ti: me hiciste amarte.*  
*Y comparado con todas las cosas grandiosas que tomaría demasiado escribir, probablemente debería mencionar las 7 cosas que me gustan:*  
*Tu cabello.*  
*Tus ojos.*  
*Tus viejos Levi's.*  
*Cuando nos besamos estoy hipnotizada.*  
*Me haces reír, me haces llorar, pero creo que tendré que comprar los dos lados.*  
*Tu mano sobre la mía, cuando estamos juntos todo está bien.*  
*Quisiera estar con el chico que conozco.*  
*Y la séptima cosa que más me gusta de ti:*  
*Me hiciste amarte.*

Pequeñas gotas de lluvia comenzaron a golpear los cristales de las ventanillas del coche mientras escuchaban la canción.

—Vístete.

—¿Cómo?

—Vístete, Ari.

—¿Por qué?

—Hazme caso.

Ariadna se vistió todo lo rápido que pudo, sin entender demasiado bien lo que Rodrigo pretendía, quien también se vestía a toda velocidad.

—Vamos fuera.

—¿Estás loco? ¡Está lloviendo!

—¿Y?

Rodrigo salió del coche y Ariadna le siguió.

De fondo sonaba la siguiente canción de la lista de reproducción de Ari:

*Good Bye* de Miley Cyrus.

Rodrigo la cogió de la mano y la atrajo hacia él.

—Baila conmigo.

—Te estás mojando —le dijo Ariadna riendo.

Rodrigo la besó mientras se movían al son de la canción.

—Escapémonos —le dijo a penas a dos centímetros de sus labios.

Ariadna le volvió a besar, pensando que aquella respuesta serviría de sobra para sustituir a su convencido SÍ.

*Que me lleve el demonio si no te quiero.**Estopa - Cuando amanece*

Durante las dos semanas siguientes, Ari y Rodrigo se vieron siempre que pudieron sin dar explicaciones a nadie; si bien, tenían que lidiar con el tiempo que los exámenes robaban a Ari.

Tenía que estudiar más que nunca, ya que los exámenes de selectividad estaban a la vuelta de la esquina.

Uno de esos días de estudio en los que Ari debía hincar los codos en el escritorio y enterrar la cabeza en los libros, Tefi la llamó para verse. Su amiga se encontraba en casa de Joel y Rodrigo y deseaba hablar con ella de manera urgente. Lo cierto es que Ari la había notado muy angustiada por teléfono, así que decidió hacer un parón en su horario de estudio para acudir en auxilio de su amiga.

Por suerte, sus padres no se encontraban en casa en aquel momento, aunque ya no se valía de mentiras sin fundamento para poder hacer lo que deseara en cada momento.

Se puso una chaqueta vaquera y se calzó sus deportivas Nike y, con los cascos puestos, se puso en camino hacia casa de los chicos.

Caminó a paso rápido mientras escuchaba una canción de Estopa y al cabo de unos minutos, llegó a su destino.

Después de llamar al timbre y de que Joel le abriese la puerta del portal, subió rauda las escaleras.

—¡Tía, menos mal! —la saludó Tefi una vez se vio delante de la puerta.

—¿Qué pasa?

—Me tienes que ayudar —le pidió su amiga angustiada.

Ari arqueó las cejas, si bien Tefi la estaba preocupando bastante.

—Si no me dices que pasa no pue...—se calló al instante, pues Joel, quien estaba sentado sobre el sofá en el salón, le puso delante de los ojos una prueba de embarazo.

—No es cierto.

—¡No lo sé! Estoy muy asustada, tía.

—Tefi, por el amor de Dios... —. Ariadna se pasó la mano por la frente.

—No estoy muy segura de cómo se utiliza... nunca me he hecho uno.

—¿Y yo sí? —se indignó Ari.

—No, pero...

—Veamos...—intentó tranquilizarse su amiga.

—¿Por qué no vais al baño? Así más tranquilas y esas cosas —les sugirió Joel —, yo mientras voy a fumarme un pitillo y a beberme una cerveza para tranquilizarme. O dos, sí, mejor dos.

—Un momento, ¿dónde está Rodri?

—Ha quedado con un chico de Castellón, para no sé qué de una farmacia... —le contestó sin darle demasiada importancia a lo de su amigo.

Ari asintió y junto a Tefi se metió en el cuarto de baño.

—Tengo dos test —le explicó su amiga.

—Vale, voy a ver cómo se hace y me lo haré yo y tú me imitarás.

—Vale. ¿Esto no falla, no?

—No debería. ¿Cuántos días de retraso llevas?

—Dos semanas.

—No, no debería fallar.

Ari leyó las instrucciones acerca del modo de uso de aquella prueba y se la hizo ella misma delante de Tefi para que viera que no pasaba nada. Lo cierto era que notaba a su amiga con una histeria que jamás había visto en ella.

—¿Lo ves? —le dijo una vez se lo hubo hecho. —Ya está. Ahora tú.

Tefi respiró hondo e imitó todos los pasos que había hecho Ari minutos antes para hacerse la prueba.

Mientras Tefi se concentraba para poder orinar y coger la muestra con el aparato, Ari recibió una llamada.

Días atrás había visto un anuncio en el periódico sobre un puesto de trabajo. Se trataba de modelar para un reportaje de fotos. Había llamado para informarse y le dijeron que la llamarían después de dar sus datos si realmente estaban interesados en trabajar con ella.

—Tefi, tengo que marcharme, tengo una prueba de trabajo.

—¿Qué? ¿En serio? Mira, mira... ya está saliendo esto —le dijo mostrándole el aparatito, del cual solamente se rellenaba una casilla, por lo que el test le había dado negativo a Tefi.

—¡Es negativo! ¡Tía, qué susto! —la animó Ari.

Tefi suspiró tranquila, y ambas salieron del servicio para darle a Joel la

noticia, dejando olvidado el predictor que se había hecho Ari encima del lavabo.

Ari se quedó unos minutos con sus dos amigos y le contó a Joel lo de su prueba de trabajo. También le dio la dirección para que le dijese a Rodrigo que la recogiese cuando terminase de hablar con su amigo de Castellón.

Y así, andando rápido y motivada, se dirigió hacia aquel lugar en el que la habían citado.

Aquel trabajo podía ser perfecto para ella. Desde aquella noche en la que su madre dio la fiesta en aquel local y se besó con Rodrigo bajo la lluvia, se habían tomado muy en serio lo de irse juntos, sin dar explicaciones a nadie para poder vivir en paz.

Estaba contenta, terminaría el curso y haría la selectividad. La aprobaría y buscaría plaza para estudiar en alguna universidad de Castellón, pero mientras, todo el dinero que pudiera conseguir, bien recibido sería.

Una vez llegó al sitio donde la habían citado, el cual se trataba de un local de fotografía, se sintió nerviosa y con el estómago revuelto.

Lo cierto es que las calles donde se encontraba aquel local, le parecieron algo oscuras y lúgubres, ya que se encontraba en una zona poco frecuentada, pero no le dio demasiada importancia. Necesitaba ese trabajo.

Un chico joven la recibió muy sonriente y solícito.

Le hizo unas cuantas preguntas y después le pidió que se quitase la ropa.

—¿Perdona? Creo que no... no te he escuchado bien.

—Creo que me has escuchado perfectamente, nena... —le dijo acercándose a ella e intentado levantarle la camiseta.

—¿Qué haces? —le dijo en un murmullo.

El chico siguió en su cometido mientras ella trataba de que no lo consiguiera.

—¿Qué haces? Para, para, por favor... no he venido para esto... ¡Esto se trataba de una sesión de fotos!

—Sí, preciosa... pero sin ropa.

Su mano impactó en la mejilla de aquel chico que tenía las manos demasiado largas.

—Eres un cerdo.

El joven, quien pareció haberse quedado en shock tras aquella bofetada, por suerte se quedó quieto y Ari pudo escapar de aquel lugar, el cual le pareció tan o más espantoso que la situación que acababa de vivir.

Apenas habían pasado unos minutos, pero a ella le habían parecido horas y, gracias al cielo, Rodri la esperaba apoyado en su moto mientras fumaba un cigarrillo unos metros más allá de la puerta del local.

Ari corrió hacia él mientras las lágrimas le corrían por la cara y el corazón le galopaba en el pecho.

—Hola, ojazos —la saludó sonriente, pero la sonrisa le duró un segundo cuando vio el semblante de su chica y las lágrimas brotar de sus ojos. —¿Ari? ¿Qué pasa?

Ari se abrazó a él como si fuera la única persona que habitaba en el mundo, como si su propio mundo se desmoronara a su alrededor.

—Te juro que no lo sabía, que fui por lo del anuncio del periódico...—le dijo entre hipidos.

—Tranquila, cuéntame qué ha pasado —la intentó tranquilizar, a pesar de que su preocupación iba en aumento.

—Ha intentado...

—¿Ha intentado qué?

—Él...

—Ari, me estoy rayando, dime qué ha pasado ahí dentro.

—Se ha sobrepasado, quería que me quitara la ropa y...

Rodrigo se pasó las manos por la nuca, nervioso.

—Voy a entrar.

—¡No! ¡Por favor, vámonos!

—¿Pero qué me estás contando?! ¡Ha intentado tocarte sin tu consentimiento!

—Rodrigo, no, por favor. Sácame de aquí —le pidió entre lágrimas.

Lo último que quería es que Rodrigo recibiera otra denuncia por peleas.

El chico soltó un grito frustrado y le dio una patada a su propio casco, el cual había dejado en el suelo una vez paró en aquel lugar.

—¡Menudo hijo de puta!

—Vámonos —le pidió de nuevo Ari cogiéndole de la chaqueta.

Rodrigo resopló y le tendió su casco de mala gana, después se puso el suyo y se montó en la moto, arrancó, esperó a que Ari se subiera tras él y la llevó lejos de allí.

—¿Dónde estamos? —le preguntó Ari una vez bajaron del vehículo.

Se encontraban cerca del campo de fútbol del Alicante, uno de los equipos

de la ciudad.

Justo en medio de la gasolinera que había cerca, una hamburguesería en forma de caravana preparaba una comanda tras otra.

—¿Nunca has estado aquí?

—No. ¿Qué es?

—Es una hamburguesería.

—¿En una caravana?

—Serás pija... No te has comido una hamburguesa como las que sirven aquí en tu vida, te lo aseguro —le dijo entre risas Rodrigo.

Ataron los cascos a la moto y avanzaron hasta aquel curioso puesto de comida rápida, el cual contaba con una grande carpa con mesas y asientos para los clientes, llamado *4Blooms*.

—¿Se te ha pasado el susto? —le preguntó Rodrigo a Ari tras darle el último trago a su cerveza y limpiarse la boca con una servilleta.

—Con esta hamburguesa... como para que no se me pase, pero... nunca había estado en una situación así y... —se volvió a angustiar Ari.

—Eh —le susurró Rodrigo cogiéndole la mano—, no lo pienses más, ¿vale? Y no hablemos más del tema, porque te juro que me dan ganas de volver y partirle la boca al cerdo ese.

Ari asintió y, en lo que terminaba de cenar, hablaron acerca de su plan para marcharse a Castellón. El amigo de Rodrigo le había asegurado que aquel puesto de trabajo en la farmacia era suyo.

Estaban decididos a marcharse y nada les haría cambiar de opinión.

Se querían, y juntos podrían con todo. Se lo prometieron.

## 23.

### *El cielo te ha dejado irte.*

#### *Eros Ramazotti – Un ángel como el sol tú eres.*

¿Has pensado alguna vez en el destino? Es caprichoso, o eso dicen.

Ari y Rodrigo nunca creyeron en él. Rodrigo se limitó a sobrevivir día tras día, Ari a escapar de una vida que no sentía suya.

Independientemente de las batallas de cada uno, y también de las que habían vivido juntos, el destino, que como he dicho, es caprichoso, quiso ponerles por delante otra prueba más.

Habían pasado un par de días desde el incidente que vivió Ari en aquel local de fotografía y desde que a Rodrigo le aseguraron su puesto de trabajo en la farmacia de Castellón.

En poco tiempo les darían las notas del trimestre, a pesar de que las chicas sabían que habían aprobado todo y ya se estaban preparando para los exámenes de selectividad.

Ari repasaba una y otra vez aquel epígrafe de uno de los temas de historia que entraban en el examen y Tefi resoplaba cada dos por tres, nerviosa.

Ari levantó los ojos del libro.

—¿Puedes parar? ¡Me estás poniendo de los nervios!

—Ari, tengo que decirte algo.

Su amiga resopló y giró su silla hacia Tefi, cansada de sus interrupciones.

—¿Qué pasa? Suéltalo ya y sigamos estudiando, solo queda selectividad y seremos libres.

—Es que...

—¿Es que qué, Tefi, por Dios?

—No es fácil.

Ari se empezó a preocupar.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Es por lo del test? ¿No te ha bajado la regla? No me has dicho nada.

—Sí, sí... me bajó al día siguiente. La mente, ya sabes... —le contestó con

una risa nerviosa.

—¿Entonces?

—¿Y a ti?

—¿A mi qué?

—¿Cuándo fue la última vez que te bajó la regla?

—Pues... el mes pasado, creo... No, el anterior...

Tefi la miró a los ojos, seria.

—Tefi... Tefi, ¿qué me estás queriendo decir?

—¿Te acuerdas de...?

—¿Qué? ¡No! No, no, no. Eso no es posible... no puede ser posible...

—Ari, dio positivo. ¿Qué pasó con la píldora? Lo vi cuando recogí el baño en casa de Joel y Rodri y llevo dos días intentando decírtelo.

—Estás de coña... Tefi, estás de puta coña. La píldora nunca llegué a tomármela porque no estaba con Rodrigo y tenía que esperar a que me bajase la regla, pero claro...

—Arí, no. Pregúntale a Joel si no me crees.

—¿Se lo has contado a Joel?

—¿Y qué querías que hiciera?

—¿Estás segura de lo que me estás diciendo?

—Completamente. Dijiste que no fallaba, a mí me dio negativo y me bajó la regla y el tuyo salió positivo.

—¿Lo sabe Rodrigo?

—Se lo está diciendo en este momento, como yo a ti, hablamos y quedamos en que no podíamos dejarlo pasar más tiempo.

—Tenemos que ir, tengo que hablar con él.

La madre de Tefi no puso objeciones en que las chicas salieran a que les diera un poco el aire, ya que llevaban toda la tarde estudiando entre las cuatro paredes de la habitación de Tefi, así que se encaminaron veloces hasta casa de los chicos.

—Ariadna, yo... —le dijo Rodrigo cuando las chicas entraron por la puerta.

—Lo sé —le contestó ella enterrando su rostro en su pecho, dejándose abrazar por él.

—Estoy contigo —le susurró.

—No me cabe la menor duda.

Al día siguiente, tras hacerse una segunda prueba médica en el centro de salud, pudieron constatar que Tefi estaba en lo cierto, por lo que enseguida le dieron a Ari una cita ginecológica en la que pudieron observar apenas un punto minúsculo en la pantalla del monitor de ecografías.

El ginecólogo les dio unas cuantas pautas y también diversas explicaciones acerca del embarazo.

Ninguno de los dos se planteó no tener a ese bebé, tenían claro lo que querían con todas las consecuencias.

El plan seguía hacia delante, pasase lo que pasase.

Ahora, la siguiente prueba que el caprichoso destino tenía especialmente para Ari, era un nuevo enfrentamiento con sus padres, el cual sería, como ella imaginaba, tedioso.

Pero Ari, ilusa de ella, no contaba con la presencia del indeseable Lalo en aquella conversación, el cual había acudido a casa de sus padres con el suyo para tomar café ese mismo día.

—Vaya, si está aquí el traidor de mi amigo Lalo...

—No hablemos de traiciones, Ariadna —le contestó.

—Ariadna, por favor, me gustaría tener el rato en paz con Gonzalo y su padre —la recriminó Menchu.

El padre de Ari pocas veces se inmiscuía en las peleas que su mujer tenía con su hija. Sabía del carácter de ambas y había optado por apartarse cuando las cosas se ponían feas.

—Lo siento mamá, pero no vas a tener el rato en paz, ni tampoco el café, porque tengo que decirte algo. Tengo que contaros algo —puntualizó ese último refiriéndose también a su padre.

Su madre dejó la taza de café sobre la mesa con cuidado y centró su atención en Ari. Su padre y los invitados de Menchu, también hicieron lo mismo.

—¿Y bien?

—Voy a aprobar Selectividad.

—Eso es algo que ya sabemos, querida —le dijo su madre impaciente.

—Y después voy a solicitar plaza en una Universidad de Castellón, quiero estudiar Magisterio de Primaria y especializarme en la música para ejercer de profesora de música.

Aquello no pasó inadvertido para su madre, quien abrió los ojos de par en

par.

—Estarás de broma.

—No, no estoy de broma. Ah, una cosa más... Estoy embarazada.

Su padre centró en ella toda su atención y Lalo abrió la boca como un memo. El padre de Lalo se limitó simplemente a carraspear y a bajar la mirada y, de la reacción de Menchu, creo que no es necesario dar demasiados detalles, estaba a punto de darle un ataque. Tanto, que no le salían ni las palabras.

—Sí, mamá. Estuve con Rodrigo y me contagié sin querer la gonorrea. Dejé a Rodrigo y después volví con él dejándote con un palmo de narices en aquella ridícula fiesta que montaste simplemente por guardar las apariencias. Unas apariencias que solo te importan a ti, claro. Y ahora, estoy embarazada de él y pienso marcharme a Castellón a hacer mi vida junto al chico del que me he enamorado.

Rodrigo tiene un puesto en una farmacia de Castellón.

—¿Qué tonterías estás diciendo? ¡¿Cómo va a tener un puesto de trabajo ese zarrapastroso?! ¡¿Y en una farmacia?!

—Mamá, Rodrigo es auxiliar de farmacia y sí, tiene un puesto de trabajo. Por mucho que te extrañe, tiene estudios y piensa cuidarme a mí y a mi hijo. No quiero seguir con esta conversación, no te estaba pidiendo permiso, simplemente te estoy diciendo lo que voy a hacer. Siento que mi vida no sea un calco de la tuya.

—¡Ariadna!

—Me voy a mi habitación, mamá, a estudiar.

—¡Hemos aprobado! ¡Hemos aprobado! —gritó Ari eufórica tras abrazarse a Rodrigo después de ver las notas de Selectividad.

—¿Próximo destino? —le preguntó él, tan contento como su chica.

—¡Castellón! —le contestó ella para después darle un beso en los labios.

—Me voy a poner muy triste cuando te vayas... —le dijo Tefi al tiempo que la cogía de las manos.

—¿Eres tonta? Podrás venir a verme siempre que quieras. Además, que yo también vendré, tengo que ver a mi padre. Mi madre es otro asunto...

—¿Cuándo os vais? —les preguntó Joel.

—Recogemos las cosas de Ari y nos vamos —le contestó Rodrigo.

—Bueno, llévate mi coche como hablamos y ya iré yo a por él en cuanto

pueda —le dijo Joel recordando la conversación que tuvieron días atrás. —Y tú, pelirroja, deja de comer, ya no tienes la panza plana como antes.

—Déjala, idiota —le revolvió el pelo Rodrigo al tiempo que se reía.

Joel puso los ojos en blanco y emprendieron el camino para salir de la Universidad de Alicante, donde habían colgado las notas del examen de Selectividad.

—¿Tú qué haces aquí? —le preguntó Ari a Lalo tras abrir la puerta de su casa y descubrir que se trataba de él.

Tan solo le quedaba prepararse el bolso con la cartera y demás utensilios que pudiera utilizar durante el viaje a Castellón. Todo lo demás estaba cargado en el coche.

Su madre, quien no había dicho ni una palabra cuando vio aparecer a su hija con Rodrigo en su casa, se encontraba en ese momento en su habitación, hablando con su padre.

—Tú madre está fatal por tu culpa. Qué poca consideración tienes con ella, Ariadna.

—¿Qué? ¿Pero cómo te atreves a decirme tú eso? ¿Y vas a consolarla tú? Por Dios, Lalo... —le reprendió alejándose de la puerta de mala gana.

Quería terminar de recoger sus cosas y buscar a Rodrigo, quien se encontraba en ese momento en su habitación mirando que no se hubiera dejado nada, para despedirse de sus padres y salir por fin de aquella casa.

En pocos días empezaría aquella nueva etapa y estaba muy ilusionada. Pero antes de que ella le buscara, Rodrigo se acercó a la puerta, en busca de Ari, para averiguar quién había timbrado.

—¿Qué haces tú aquí? —le espetó malhumorado.

—Nada que a ti te importe —le contestó Lalo de la misma forma.

Rodrigo y Ari se miraron.

—Por cierto, Rodri, amigo —le dijo al tiempo que lo rodeaba por los hombros—, ¿ya te ha contado Ari que nos besamos y que se metió en mi cama para dormir haciendo la cucharita?

—¿Qué mierda dices? —Rodrigo no daba crédito a lo que acababa de escuchar.

¿Ari había besado a Lalo?

—¿Qué cojones dice, Ari? —le preguntó a ella directamente.

—Vaya, ¿no lo sabía? —se mofó Lalo dirigiéndose a ella.

Ari le fulminó con la mirada. Sabía que en algún momento tendría que contarle a Rodrigo cómo había conseguido hacerle el lío a Lalo para robarle la maldita carpeta roja.

Y no se enorgullecía de ello para nada, sentía náuseas cada vez que recordaba aquellos besos, aquellos labios.

—Lo hice por ti.

—¿Por mí? ¿Pero tú te estás oyendo?

—¿Cómo te crees que conseguí la carpeta con las pruebas falsas que conseguirían que dieras con tus huesos en una celda?

Lalo sonreía con suficiencia a pesar de saberse engañado y sentirse como un pardillo. Odió a Ari en el momento que se percató de que lo había utilizado a su antojo solamente para conseguir la dichosa carpeta, pero realmente estaba disfrutando con aquella situación, viéndolos enfrentados.

—Vale, Ariadna. ¿No había otra manera? ¡¿En qué estabas pensando?! ¡¿No entiendes que prefiero mil veces estar en una celda que saber o, siquiera imaginar, que has tenido que rebajarte así con este capullo?!

—Sí, pero este capullo fijo la besó mejor tú en todo este tiempo.

Rodrigo se rio.

—¿En serio? ¿De verdad me sales con eso? ¿Quieres que nos midamos la polla también, a ver quién la tiene más grande? Gilipollas. Ari, nos vamos.

—Pero...

—He dicho que nos vamos.

Ari le miró fijamente a los ojos, dudando de si hablaba en serio o no. No es que quisiera que Rodrigo le montase un pollo descomunal por aquello, y mucho menos perderle ahora que lo tenían casi todo logrado. Se iban a marchar juntos. Iban a empezar una nueva vida el uno con el otro, los tres. Iban a construir un futuro mejor que el presente que estaban viviendo para cuidar a su hijo. Pero no acababa de entender su reacción, no entendía demasiado bien el hecho de querer seguir adelante después de enterarse de aquello.

—¿Eso es lo que la quieres? —le preguntó Lalo.

—¿Qué?

—Te los pone con otro y te da igual, macho. O eso, o es que te quieres a ti mismo demasiado poco.

—Me estás tocando los cojones... ¿Te crees importante? ¿Por qué? ¿Porque te besó? Despierta, hermano, te besó para aprovecharse de ti, porque era la única manera de poder robarte tu puta carpeta de los cojones.

Lalo se quedó callado.

—Ari... —Rodrigo la cogió de una de las manos y la acercó a él —, si todavía quieres ese futuro conmigo, si sigues queriendo tirar la última granada —continuó hablando al tiempo que Lalo ponía los ojos en blanco—, vámonos. Ahora.

Ari asintió con la cabeza, terminó de prepararse el bolso y se encaminó hacia la puerta.

—Y una mierda —dijo Lalo.

—No le escuches —le dijo Rodrigo a Ari mientras le daba un leve empujoncito para salir por fin de la casa. —Que te jodan, Lalo.

—¿Segura? —le preguntó Rodrigo cuando se vieron por fin dentro del coche.

—Más que nunca. Pero estoy un poco...

—¿Qué? ¿Te encuentras bien? —le preguntó él preocupado.

—Sí, sí... es solo que me encuentro algo agitada, en seguida se me pasará.

Rodrigo asintió, si bien no demasiado convencido, y arrancó el coche.

Condujo durante media hora a una velocidad prudencial y no fue hasta que se vieron alejados del pueblo, por carretera nacional, de camino a Castellón, cuando se percató de que Ari se removía en el asiento del copiloto.

—¿Bien?

—Sí...

—¿Seguro? Paro en cuanto pueda si lo necesitas.

—Estoy un poco revuelta.

—¿Necesitas vomitar? Hay bolsas de plástico en la guantera.

—No... no es vomitar.

—¿Entonces? Ariadna, me estás preocupando.

—Me duele un poco.

—¿Qué? Ari, tranquila, tener pequeñas molestias al principio es normal.

—¿Seguro?

—¿Quieres que pare?

Ari no le contestó, se estaba tocando la tripa con la mano izquierda.

Rodrigo desvió la vista hacia ella y le agarró la mano, quitando la suya de la palanca de cambios.

—Voy a parar.

—No puedes parar aquí en medio.

—En cuanto pueda, paro.

Diez minutos después, Ari sentía que el dolor no cesaba.

—Tranquila, todo estará bien.

—Te digo que me duele.

—Ya nos advirtió el médico que...

Pero Rodrigo no terminó la frase, un golpe en la parte trasera del coche hizo que ambos se sobresaltaran, si bien no fue demasiado fuerte.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Ari palpándose la barriga de nuevo.

En el dial de la radio comenzó a sonar *Un ángel como el sol tú eres* de Eros Ramazzotti.

Rodrigo miró por el retrovisor central y vislumbró al coche que les había vestido por detrás, como también a su conductor.

*¿Quién eres tú?  
Es tan difícil describirte,  
Un ángel como el sol tú eres,  
Que ha caído aquí, la verdad en ti,  
Que con el alma haces el amor.  
¿Quién eres tú?  
El cielo te ha dejado irte,  
Un ángel como el sol tú eres,  
La naturalidad se manifiesta en ti,  
Y en todo lo que acaricias tú.*

—No puede ser...

—¿Qué pasa? —le preguntó Ari asustada.

—Qué hijo de puta.

—¿Quién?

—Agárrate, voy a acelerar.

Ari le miró, asustada y una punzada de dolor le atravesó el vientre.

—Rodri...

Pero Rodrigo pisó el acelerador.

El impacto se sintió de nuevo en la parte trasera del coche y tanto Rodrigo como Ari rebotaron en sus asientos, incluso se abalanzaron hacia delante.

—¡¿Qué coño está pasando?! —le gritó Ari al borde de las lágrimas, aguantando como podía el fuerte dolor que cada vez se le antojaba más insoportable.

—Lalo nos está dando por detrás, no sé qué coño pretende, pero no quiero

acelerar más, tú no estás bien y es...

Rodrigo miró de reojo a Ari.

—¿Ari?

Pero ella no lo miraba a él, ella tenía su vista clavada en la oscura mancha que teñía la tapicería del asiento del coche.

—Estoy sangrando.

Rodrigo frenó en seco y el coche que les seguía, ese que conducía Lalo, se estampó contra la parte trasera del suyo, haciendo que avanzara hacia delante unos cuantos metros debido al impacto.

Un estruendo provocado por el choque de los dos vehículos, el airbag saltando para amortiguar dos cuerpos contra el salpicadero, en el dial de la radio sonando las últimas melodías de aquella canción y, por último, un pitido intenso en sus oídos, perforando sus tímpanos.

Aquel día, en aquel accidente, el caprichoso destino se cobró dos vidas.

## 24.

### *M había jurado que nunca iba a llorar* *Hombres G - Temblando*

Sentía la cabeza embotada y los ojos le pesaban como losas. Tenía la garganta seca y le rasgaba al tragar.

Abrió los ojos lentamente, escuchando el incesante sonido de la máquina a la que estaba conectado su organismo.

Las pestañas de arriba se le pegaban con las de abajo y le costó enfocar la lámpara del techo.

Aspiró aire lentamente, sintiendo la goma de oxígeno que tenía en la nariz.

Miró hacia la izquierda y allí estaba él, con un collarín en el cuello y un apósito de puntos en un lado de la cabeza, como también numerosos arañazos decorando su rostro.

—¿Estás bien? —le preguntó con la voz quebrada.

—Pensaba que había muerto... que habíamos muerto todos.

—Fue todo demasiado rápido. Yo... lo siento.

—¿Lo sientes?

No entendía aquella disculpa.

—Sí, lo siento. Si llega a pasarte algo, yo no sé... —le dijo con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Cómo está él?

—Muerto —le contestó tras un carraspeo.

—¿Y el juicio?

—Supongo que ya no hay juicio...

Ariadna suspiró abatida. Había pasado todo tan rápido, había sido todo tan surreal...

Se palpó la barriga y, como si tuviera un sexto sentido, se dio cuenta de que ya solo latía un corazón en su interior en vez de dos.

Se mordió el labio inferior con fuerza al tiempo que dos lágrimas gruesas emergían de sus ojos.

—Sé que teníamos planes...

—Los planes siguen adelante, Rodri...

—Pero somos solo dos.

—Sí, como al principio de todo —le dijo sin querer romper a llorar.

Perder a un hijo, aunque aun no haya nacido y aunque no hubiera sido buscado, le hacía sentir un dolor latente dentro que no sabía cómo explicar.

—Lo siento mucho, ojazos...

Ella no quiso mirarlo, simplemente dejó caer más lágrimas.

Rodrigo no quiso o, no pudo, decir una palabra más al respecto.

—Tus padres están fuera —le murmuró.

Ariadna asintió con la cabeza y le pidió que pasaran.

Rodrigo se levantó suspirando de la silla en la que estuvo sentado cada día hasta que Ari despertó después del accidente, y salió de la habitación.

Al poco tiempo, Menchu y su esposo entraron de manera silenciosa y cauta a ver a su hija.

—Qué alegría que hayas despertado —le dijo su padre acariciándole el pelo rojizo, esparcido aquí y allá sobre la almohada—, estuviste varios días inconsciente y con mucha fiebre a causa de...

—Del aborto papá, seguro que era por eso —le contestó audaz, haciéndole ver que se mantenía fuerte a pesar de todo.

—Ariadna, hija... —se acercó su madre.

—Estoy bien, mamá.

—Ya lo sé, hija y, menos mal.

Le depositó un beso en la frente y se sentó en un lado de la cama.

—Sé que no es... el momento apropiado, ya que te acabas de despertar y debes tener una recuperación paciente tanto física como psicológicamente, pero...

Su padre se calló y Ari no entendió porqué no seguía hablando, lo que no sabía es que tanto su padre como su madre habían pasado los peores días de sus vidas y habían sentido mucho miedo por ella. Tanto, que no querían que se marchara a Castellón. Si hacía falta, Menchu aprobaría su relación con Rodrigo y lo trataría como un hijo.

—Lo que tu padre quiere decir, cielo, es que tememos por ti y nos gustaría que te quedaras y no te marcharas a Castellón.

Ari la miró a los ojos.

—Mamá...

—Ariadna, hija, no te estoy prohibiendo nada. Me has demostrado tener coraje para enfrentar tus decisiones y comprendo que te hayas enamorado. Solo te digo que, tu padre y yo, queremos tenerte cerca, nada más.

Ariadna abrió los ojos más de lo normal, sorprendida ante aquellas palabras que nunca creyó que escucharía de boca de su madre.

—Mamá, Rodrigo aquí no encuentra trabajo como auxiliar... y en Castellón le han hecho una oferta muy buena.

Su padre suspiró.

—Lo quieres mucho, ¿verdad?

—Sí, papá. Estoy enamorada de él.

—Menchu, Castellón tampoco está demasiado lejos de aquí, podemos visitar a la niña todos los meses.

—Y yo puedo venir aquí, papá. Es lo que pensaba hacer porque mi vida está aquí. Está Tefi, estáis vosotros...

Por primera vez, ya que Menchu siempre había demostrado ser dura como una roca y nunca mostraba sus sentimientos, Ari observó emocionarse a su madre y soltar un par de lágrimas.

—Todo lo que hagas estará bien, Ariadna.

Ella sonrió, agradecida de que aquella horrible situación se hubiera disuelto de forma airosa.

—Creo que... deberíamos pedir disculpas a Rodrigo —añadió su padre.

Ariadna asintió y, al rato, Rodrigo le relató todo lo que sus padres le habían dicho para hacer las paces. Unas paces que no hubieran sido necesarias si todo hubiera acontecido de forma distinta.

Pero, pensaba Rodrigo, las cosas pasan porque tienen que pasar. Siempre hay una razón oculta en cada una que, aunque en un primer momento no entendemos, con el paso del tiempo llegamos a comprender.

—Pónmela otra vez...—le pidió Ari a Rodrigo.

Rodrigo, quien había temido que su bonita “ojazos” no despertara nunca y se sentía de algún modo culpable de aquel terrible accidente, quien se había quedado destrozado tras saber la muerte de su pequeño bebé, quien tenía una punzada dentro por la muerte de Lalo, al entierro del cual había acudido días atrás, le volvió a dar al play a la canción que Ari le pedía.

*Temblando de Hombres G.*

## EPÍLOGO

*Años después*

—¿Qué tal el día? —le preguntó Rodrigo cuando entró en casa.

—Han suspendido solamente dos el examen de flauta —le contestó quitándose el abrigo.

Rodrigo la ayudó a ello y lo colgó del perchero. Después cargó las bolsas de la compra que había traído Ari y las dejó en la cocina.

—¿Y el niño?

—Se ha portado genial.

Sí, alégrate, Rodrigo empezó a trabajar en Castellón, Ari consiguió ser maestra de música y una pequeña criatura, fruto de aquel amor atómico que tanto les costó sacar a flote, les alegraba los días.

También solían disfrutar de las visitas de los padres de Ari y de Joel y Tefi, quienes hacía un par de años se habían ido a vivir juntos.

—¿Crees que se habrá dormido ya? —le preguntó a Rodrigo, deseosa de que dijera que no para poder dormirlo ella.

Aquel día tenía que hacer unos cuantos recados e ir a la compra después del trabajo, así que había llegado más tarde a casa.

Gabriel, su hijo, ya estaba bañado porque su padre se tomaba muy en serio las rutinas del niño y también le había dado de cenar.

El pequeño entraría al año siguiente al colegio, pero era demasiado listo.

Lo había dejado acostado en su pequeña cama acondicionada con barreras con pegatinas para que no se cayera, pero tenía claro que no se había dormido todavía, pues nunca lo hacía sin que su madre le diera las buenas noches.

—Te estará esperando, como siempre. Ve, mientras voy a preparar algo de cenar —le dijo tras darle un beso en la frente.

Ariadna recorrió el pasillo hasta la habitación de Gabriel despacio.

Aunque, cuando llegó, se reprendió mentalmente como cada día por ser tan ilusa creyendo que el niño estaría durmiendo.

—¿Todavía despierto, peque?

El niño se sorprendió al escuchar la voz de su madre y, al instante, sonrió de manera angelical.

—Mami —le dijo al tiempo que la señalaba con el dedo.

Ari lo acostó y lo arropó por segunda vez, ya que la primera lo había hecho Rodrigo.

—Tenemos que dormir, ¿de acuerdo? Mamá se queda contigo.

El niño no quería dormir y comenzó a refunfuñar.

—¿Quieres que te cante la canción que te gusta?

Aquellas palabras eran las “palabras mágicas” para Gabriel. La fórmula perfecta para calmarlo.

Ariadna carraspeó y, después de acomodarle de nuevo las sábanas, entonó las primeras estrofas.

*Quizá porque mi niñez sigue jugando en tu playa,  
o escondido tras las cañas duerme mi primer amor,  
llevo tu luz y tu olor por donde quiera que vaya...*

Y así, noche sí y noche también, valiéndose de las letras de Serrat y su *Mediterráneo*, Ariadna conseguía tranquilizar a su hijo y conseguir que durmiera.

Ella siempre creyó en la música y en ella misma; en las granadas; en la explosión; en el amor... y todos esos valores eran los que quería inculcarle, junto a Rodrigo, a su pequeño Gabriel.

FIN

## AGRADECIMIENTOS

Siempre creemos que estamos rodeados de mucha gente a la que le importamos.

Pero no es hasta que pasamos malas rachas cuando verdaderamente nos damos cuenta de quién está a nuestro lado hasta en esos momentos, que son los peores.

Doy gracias a Dios de que mis padres estén en lo bueno, como son los momentos en los que escribo y que crean en mí, en que algún día triunfe en esta aventura que es la escritura, y que también estén cuando no me encuentro bien y el ánimo lo tengo por los suelos.

Os quiero, gracias por los muchos valores que me habéis enseñado.

A mi hermana, rata, por esa relación amor/odio tan especial, royo te doy un pulmón pero mi cargador ni se te ocurra tocarlo. Te quiero.

A Fran, por luchar cada día a mi lado, por ser mi amigo, mi compañero de vida, mi marido sin tener un papel que lo confirme. Te quiero.

A mis amigas, pero las de verdad, las que apoyan mi trabajo, mi pasión por escribir, GRACIAS, SOIS LAS MEJORES.

Ari, por dejarle su nombre a la protagonista de esta historia. Por estar ahí año tras año.

A mis cuñadas, a mi familia política, a todos los amigos que la escritura me ha dado en el mundo de la publicación.

A mi Ro, que siempre está ahí para plasmar mis letras en ilustraciones para portadas. Por las conversaciones, por currarse mi trabajo como si fuese el suyo. Te quiero desde Sevilla a Alicante y viceversa mil veces.

A cada lector que me le da la oportunidad a mis historias, esto no es posible sin vosotros.

GRACIAS.